

La Ilustración



Artística

AÑO XXV

← BARCELONA 23 DE ABRIL DE 1906 →

NÚM. 1.269



BAYADERA, cuadro de Gaspar Ritter

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El subsecretario (comedia de bolsillo)*, por El barchiller Corchuelo. — *El méting de Mónaco. Exposición y carreras de canoas automóbiles.* — *La erupción del Vesubio.* — *Manuel Domínguez.* — *El falsario*, novela ilustrada (continuación). — *S. M. el rey D. Alfonso XIII en Sevilla.*

Grabados. — *Bayadera*, cuadro de Gaspar Ritter. — *Ignacio Juan Paderewski*, medallón modelado por Alfredo Nossig. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *El subsecretario.* — *Boceto de monumento á los héroes del Bruch*, obra de Rafael Atché. — *Mónaco. Exposición de canoas automóbiles.* — Cuatro reproducciones fotográficas del viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Sevilla. — Nueve reproducciones fotográficas referentes á la erupción del Vesubio. — *D. Manuel Domínguez.* — *Los caballitos del Tío Vivo en la pradera de San Isidro de Madrid*, cuadro de Manuel Domínguez. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Canarias.* — *Monumento á Alfonso Karr*, obra de Luis Maubert. — *El emperador Guillermo II en Crefeld, en donde revistó y condecoró á los mineros westfalianos.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

—¿Por qué no dialoga usted alguna que otra vez sus crónicas? Ahora que se dialoga la novela...

—Nada más fácil... El diálogo es la forma natural en que verbaliza el pensamiento. Es una observación que hace tiempo registré, con cierta sorpresa. En esas oleadas de frases que acuden al cerebro sin salir á los labios, el diálogo predomina. El párrafo rotundo, en cambio, escasea. Abundan las interrogaciones, y las invocaciones son frecuentísimas.

—El diálogo presta á la crónica mayor rapidez, la hace más animada.

—Vaya por el diálogo.

—¿Conque la tierra, á la cual juzgábamos ya reposada y serena como antigua matrona, nos hace de vez en cuando jugarretas, descubriendo el incendio que abraza sus entrañas?

—¡Ah, lo de Nápoles!.. ¡Pch! Eso es un atractivo más de la bella Italia, un *frisson* agradable para las *ladies* que la recorren. Quitadle á Italia Nápoles y la amenaza rugiente del volcán, y le habréis quitado infinidad de turistas.

—Millones dejan los turistas en Italia.

—Y aquí podrían y deberían dejarlos. España es más rica en monumentos y recuerdos, más diversa en aspectos y en climas, que ningún país de Europa. En Granada correría un río de oro, si hubiese hoteles amplios, confortables, á precios razonables. Los ingleses lo convertirían en estación de primavera; se pasarían allí, encantados, un mes, dos meses. Ahora, apenas si se posan, como las golondrinas. Lo ven todo aprisa, y desaparecen.

—¿Y el peligro del hundimiento de la Alhambra?

—Continúa. No tengo noticia de que se haya conjurado de un modo seguro. Nos olvidamos de él á ratos..., y un día tal vez nos sorprenda algún tristísimo telegrama.

—¿Podrán hacer con la Alhambra lo que se hizo en Madrid con la portada de la Latina, de la cual se ocupa ahora la prensa? ¿Recoger los fragmentos, numerarlos, guardarlos para una restauración conjetural y problemática?

—Ni eso. La Alhambra, si se hunde, se hace polvo menudo. Los materiales de ese palacio de silfos y gnomos son muy frágiles. No cabe reconstruir la mansión de Alhambra de la Nazarita. La pátina encantadora que le han dado los siglos, tampoco se le podría dar á una reedificación, por cuidadosa que fuese. No conozco nada más odioso que las imitaciones y copias de ese estilo. Son fieles, exactas, literales, y sin embargo, son horribles, como lo es el salón de la Bolsa de Oporto.

—Existen, al lado de la Alhambra, los muros de un palacio de Carlos V, que no se terminó, si no me equivoco.

—¡Ah! ¡Y qué palacio! Aparte de la situación mágica y del paisaje incomparable que á la Alhambra rodea, estoy por decir que ese palacio del más puro Renacimiento, de la más exquisita elegancia, me gusta doble que el alcázar de los reyes moros. Si yo fuese rey español, y me casase, hubiese arreglado esa residencia divina para mi luna de miel. Muy

bonita será la isla de Wight; no se le niega su mérito á la perla del Estrecho, al canastillito de flores, donde colgó su nido de poeta el laureado Tennyson; aquella isla tendrá un clima agradable, será muy salubre, estará, sobre todo, perfectamente cultivada y dispuesta por los ingleses, que no son como nosotros y saben sacar partido de los rincones fértiles y amenos; pero ¿quién soñaría bellezas como las

sulto y un piropo, á veces, quieren decir exactamente lo mismo.

—Pero las insultadas de la calle de Sevilla eran...

—Lo mismo importa quiénes fuesen. Artesanas puestas en evidencia momentáneamente por un suceso al cual la prensa dió resonancia internacional; artistas de este ó del otro género..., ¿qué más da? Ellas eran mujeres, seres humanos, que transitan por una calle y que tienen pleno, absoluto derecho á no ser molestados, á cruzar como los demás transeúntes, libremente, tranquilamente. La barbarie primitiva, intacta en lo que se refiere á la mujer, es la única causa de ese acosón feroz, inhumano, que todos los diarios reprueban en términos de energía; pero ninguno se da cuenta del origen de semejante fenómeno, del espíritu general á que responde.

—En efecto, este chaparrón de crímenes mal llamados pasionales, en que la víctima es siempre una mujer...

—Y en que los criminales tienen la impunidad casi segura... ó al menos un castigo tan leve, que prefieren exponerse á él que consentir la mortificación de su brutal amor propio, cuando la hembra se les va con otro más afortunado ó cuando sencillamente, sin irse con nadie, se resiste á continuar el trato amoroso. Si la mujer es un ser débil y excepcional, toda violencia contra ella debiera ser penada con severidad terrible.

—La verdad es que no pasa día que no se registre algún asesinato de mujer.

—Ya ha llegado á no conmover á nadie, á fuerza de repetirse, ese hecho.

—Debiera suceder lo contrario.

Quando un hecho se repite demasiado, indica un mal social á cuyo remedio urge acudir. Nada tiene de alarmante para la sociedad lo que sólo por excepción y muy de tarde en tarde ocurre. Los mismos atentados anarquistas, mirándolos bien, no me parecen tan graves como este espíritu de hostil desprecio á la mujer, síntoma que no puede revelarse sino en pueblos donde no penetra la cultura moral.

—España, sin embargo, adelanta.

—Algo, sí, en lo material..., aunque despacio, muy despacio. Moralmente creo que atravesamos una honda crisis, complicada con un letargo abrumador. Las direcciones nuevas del sentido social no se han impuesto, y las antiguas caducaron. Es el peor momento. Cualquier cosa que venga, será preferible.

—Y ¿eran realmente señoritos los que acosaron así á mujeres indefensas?

—¡Qué sé yo! Formarían parte de esa taifa de ociosos, sin oficio ni beneficio, juerguistas perpetuos, que unas veces salen á la calle á las altas horas llevando en burlesca procesión á las desventuradas esclavas del vicio, otras escandalizan en el Retiro y amenazan á los agentes de la autoridad, que les llaman al orden, con el desempleo—amenaza que siempre produce su efecto en este país del *bon plaisir* político y gubernamental,—otras se divierten en pegar fuego disimuladamente á las carrozas carnavalescas, y por vía de entretenimiento se estacionan en puntos concurridos, á estorbar y molestar á los transeúntes... ¡Señoritos! La palabra es elástica.

—Usted tiene decidida aversión á esa mala hierba.

—Les profeso horror. Me parece menos dañosa la partida del *Vivillo*, gente del bronce que al fin expone su vida, que esta polilla de la capital, resuelta á erigir en institución el jaleo, y preciada de graciosa, cuando su gracia es insolencia soez, su alegría mueca de mono, sus travesuras gansadas insípidas, sus chistes la desleitura del género ínfimo y chabacano... Yo les deportaría. Promulgaría una ley que dijese: «Todo ciudadano convencido de no hacer nada más que recorrer cafés y timbas, será remitido dentro de un saco á las colonias que nos queden..., que vaya usted á saber cuáles son.»

—Estoy enteramente conforme.

—¡Ya lo creo! Como que es usted..., mi desdoble, mi propia personalidad que se contesta á sí misma...



EL EMINENTE PIANISTA IGNACIO JUAN PADEREWSKI, que próximamente dará dos conciertos en el teatro Principal de esta ciudad. Medallón modelado por Alfredo Nossig

de Granada, con la Alhambra al pie, con ese edificio maravilloso por vivienda? ¿Qué monarca europeo posee un palacio semejante, como apeadero, como residencia eventual, de primavera, entre jardines poblados de ruiseñores, llenos de estanques y fuentes, tupidos de cipreses, rosales y celindas?

—¿No sería muy caro restaurar ese edificio?

—No lo creo. El Patrimonio debe de poseer bosques que ofrecerían la madera. Sus paredes son de una solidez que contrasta con la ligereza ingravida de la Alhambra, la cual se diría que no pesa sobre el suelo.

—¿Qué pena, ver destinado á hundirse sin que nadie lo habite, un palacio semejante!

—El caso no es raro en España. En el período de abundancia y grandeza de nuestro Imperio se construyó mucho, y después, reconcentrada la vida de los reyes en la corte y en algunos sitios reales, hermosos edificios cayeron en el olvido. Lo mismo ocurrió con los caserones solariegos y las casas-fuertes de la aristocracia. Así se ven cuadros tan lastimosos como el del gran castillo de los duques de Alba en Alba de Tormes, del cual se llevaron los vecinos hasta las piedras y que hoy no es más que una desolada ruina. El abandono destruye doblemente que el paso del tiempo.

—Con las ideas que tiene usted acerca de la mujer y del respeto que en todo caso debe tributársele, estará usted indignada ante el espectáculo que estos días de Semana Santa se ha dado en la calle de Sevilla, en el corazón de la corte, silbando, estrujando y piropeando lascivamente á mujeres, obligándolas á correr y buscar refugio, asustadas y despavoridas.

—¿Indignada? No: la indignación revela siempre una mezcla de sorpresa, y yo confieso que aquí, en lo que respecta al modo de habérselas con la mujer, nada me sorprende. ¿Qué va á sorprenderme, si diariamente pruebo, por experiencia personal, los efectos de este espíritu difundido en la sociedad y en la época en que me ha tocado vivir?

—¿Lo cree usted así? ¿Tiene usted motivos de queja?

—Desde luego, sobra decirlo, no son del mismo género, no revisten la misma forma que las salvajes agresiones de la calle de Sevilla..., pero responden al mismo criterio las demostraciones más ó menos claras que yo podría catalogar, de que aquí, lejos de existir esa galantería con la cual nos han aporreado los oídos, lo que existe es un desprecio profundo, tal vez inconsciente, hacia la mujer. Un in-

EL SUBSECRETARIO (COMEDIA DE BOLSILLO)

PERSONAJES

Esperanza, mujer bellísima, en cuyas delicadas y aristocráticas facciones, los desengaños han apuntado ligeras arrugas

patio y vea si ha venido el niño... Es decir, no. No vaya usted. ¡Este Pepito! De seguro que él y sólo él tiene la culpa de la tardanza... ¡Es tan caprichoso y

MARTÍNEZ (*humildemente*).—La señora marquesa es muy buena, es un ángel.
DON JACOBO.—Sí, sí... (*En tono desconfiado.*)



¡Dos años, dos años esperándote!..

y dibujado una mueca de tristeza y de hastío que la hacen aparecer envejecida á pesar de sus veinticinco años de edad; bonísima, nada rencorosa, pero muy digna é inflexible en cuestiones de honor y de delicadeza, casada hace ocho años, cuando casi era aún una niña recién vestida de largo, con Enrique, de treinta y tres años de edad, diputado de la mayoría, político con un hermoso porvenir y de un envidiable presente; riquísimo y elegante. De sus cualidades morales, nos enteraremos por su papá,
D. Jacobo, ex ministro muchas veces; acaudalado, más; aristócrata del más puro linaje, influyentísimo, como hombre público, y el colmo de la bondad, en su vida privada; abuelo de Pepito, precioso angelito rubio, de ojos negros, vivaracho, acusando con sus palabras y con sus actos una precocidad intelectual nada común de los siete años de vida que cuenta.
Un secretario particular, igual á muchos otros.
EPOCA ACTUAL.

CUADRO PRIMERO

Un despacho suntuosísimamente alhajado.

DON JACOBO (*sentado en un amplio y muelle sillón frailuno, y teniendo á sus pies un periódico, en el que ha intentado enterarse de las cotizaciones bursátiles del día*).—Oiga usted, Martínez, asómese usted al

tan antojadizo! Bien es cierto que tiene á quien parecerse. Porque su papá tiene más años y menos juicio... (*Mirando al secretario.*) Martínez, usted es viejo en esta casa, usted ha visto nacer á D. Enrique, ¿verdad que Pepito lleva el mismo camino que su papá?..

EL SECRETARIO (*como buen secretario, cree indiscreto el opinar*).—Señor...

DON JACOBO.—Sí, hombre, sí... Me asustan estos niños precoces. Si D. Enrique, mi hijo, no lo hubiera sido, ¡cuántos disgustos me hubiese ahorrado! Pero, claro está, le hice pasar la edad de los juegos haciendo el hombre formal, y cuando llegó la época de la formalidad se me echó á jugar como un chiquillo... ¡Diantre, sólo que no se anduvo por las ramas y jugó á los prohibidos!

EL SECRETARIO (*discreta y respetuosamente*).—Para eso ahora le tenemos arrepentido y penitente...

DON JACOBO.—¡Hombre, le diré á usted!.. Arrepentido, creo que sí; penitente, desde luego, con la estocada que le ha costado la última aventura, pero queda el rabo por desollar: que su mujer le perdona...

Pero sobre tener su geniecito, es muy digna y muy celosa de su honra y está justamente ofendida. No, si yo lo reconozco, cuando no hablo con ella... ¡Porque á las mujeres no hay que darlas alas! Pero mi hijo no merece perdón. Con una mujercita tan hermosa y tan buena, porque es muy hermosa y muy buena, ¿verdad, Martínez?

MARTÍNEZ (*repitiendo*).—Es un ángel.

DON JACOBO.—Bueno...

MARTÍNEZ.—Sí, señor marqués, muy bueno...

DON JACOBO.—No, hombre. Iba á decir: bueno, pues á pesar de ser tan ángel, mi hijo, como pasó la juventud estudiando—esto le disculpa—y luego, como le casé tan pronto, claro, quiso resarcirse del tiempo perdido... Sólo que se excedió en el reintegro... Primero, jugó al escondite, sin que su mujer se enterase; pero después, aquel demonio de bailarina francesa le hizo atreverse á descubrir el juego, sin importarle el enojo de su mujer, ni la indignación mía, ni el respeto á nuestro nombre. (*Indulgente.*) Después de todo, bien mirado, esto no es tan grave... ¡Una ligereza!.. Lo grave, lo gravísimo,

es su conducta de estos dos últimos años, en que apenas si aparecía por casa, desoyendo y huyendo de mis amonestaciones... No sé, no sé cómo me las voy á componer para reconciliarle con su esposa...

MARTÍNEZ.—La señora marquesa es un ángel.

DON JACOBO.—Sí, hombre, me lo ha dicho usted tres veces.

MARTÍNEZ.—Y quiere á su marido... Ya ve usted cómo le cuida, cómo le atiende...

DON JACOBO.—De eso no hay que deducir más que sabe cumplir su deber de esposa y... tal vez vengarse más cruelmente del olvido y del abandono... Pero yo tengo un plan para reconciliarles...

PEPITO (*entrando como un pequeño y adorable torbellino vestido de marinero*).—¡Auelito, auelito!

EL ABUELO (*intentando fingir una seriedad que se le resiste y que no siente*).—¡Caballerito! ¿Sabe usted qué hora es? Le voy á azotar á usted...

PEPITO (*pretendiendo apagar con una cómica é infantil seriedad la picaresca sonrisa de golfillo celestial que se dibuja en su semblante*).—¡Auelito!.. Pos. . si he veniro tan ponto porque ma cordao que querías esime una cosa...

EL ABUELO (*acordándose de su plan, cogiendo á su nieto por debajo de los bracitos y sentándole á la jineta sobre sus rodillas. Aparte*).—¡Diantre de muchacho! El caso es que lo que he de decirle es más urgente que el sermón que iba á echarle... (*Dándole un beso.*) Tiene usted razón. Hemos de hablar de un asunto muy interesante. Dame un beso y oye... Luego, cuando la mamá y el papá...

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Gabinete elegantísimo, tenuemente alumbrado con bombillas de color de rosa.

ENRIQUE (*sentado dolientemente en una marquesita, y llevando en cabestrillo el brazo derecho á consecuencia de una estocada recibida pocos días atrás de manos de un marido pundonoroso y valiente. A Esperanza, cariñosamente, agradecidamente*).—¡Esperanza, no sé, no encuentro palabras para ensalzar tu conducta para mí, qué tan mal me porté...

ESPERANZA (*displicente, pero conmovida en su interior*).—Eso no vale la pena. No he hecho más que lo que debía...

ENRIQUE (*humilde, arrepentido*).—Si hubiese yo hecho igual, cuán felices hubiésemos sido.

ESPERANZA.—No lo recuerdes. Eso ya pasó. ¿Estás mejor?

ENRIQUE.—¿Y cómo no he de estarlo cuidándome tú?

ESPERANZA (*apartando la vista de su marido, que la mira suplicante y avergonzado*).—¿Has descansado?

ENRIQUE.—Sí. Hace años que no he dormido tan tranquilo... El calor de tu cariño, el bienestar de mi casa..., ¡oh, qué loco he sido!.. ¡Qué dulcemente duermo!

ESPERANZA (*intencionadamente*).—Ya despertarás, Enrique.

ENRIQUE (*desagradablemente sorprendido*).—¿Qué quieres decir?

ESPERANZA.—Nada. Que procures curarte pronto, y luego... á ramajear otra vez por ahí...

ENRIQUE.—¡Oh, no! Esperanza, no. Hoy sé apreciar lo que vales... Yo te abandoné, y tú, al saber que estaba herido, me trajiste á casa y me has cuidado con una solicitud...

ESPERANZA (*luchando por no descubrir su emoción*).—No iba á consentir que te cuidasen como á un bohemio en el hotel. Al fin y al cabo, Enrique, llevo tu apellido.

ENRIQUE.—¡A disgusto, quizás, por mi culpa!

ESPERANZA.—De eso no hablemos. Tu papá te puede decir...

ENRIQUE.—Ya lo sé. Que durante mi abandono

humilde que ella no osa retirarla).—¡Esperanza!

PEPITO (*corriendo locamente*).—¡Papá, papá!

ENRIQUE (*tierno, conmovidísimo, cariñoso*).—¡Hijo mío!

ESPERANZA (*interponiéndose en la carrera del niño para evitar que lastime á Enrique*).—¡Pepito, que vas á hacer daño á papá!

PEPITO (*sonriendo traviesamente, como poseído de una secreta misión*).—¡Uá!

ENRIQUE (*cogiendo al niño y montándose en las rodillas con el brazo sano*).—¡Pepito! ¿Qué te has comprado hoy?

PEPITO.—La mar de cosas... (*Con un descaro incomprensible, á su mamá.*) Oye... tú..., mamá, ¿po qué no teres á papá?

ESPERANZA (*sorprendida*).—¿Quién te ha dicho eso?..

ENRIQUE (*sin comprender el porqué de tan extemporánea salida*).—No, hijo mío. Estás equivocado. La mamá quiere al papá; ¿verdad, mamá, que sí, que le quieres?

ESPERANZA (*sintiendo que le abrasa las mejillas una llamada de rubor al verse obligada á contestar*).—Hombre, eso no se pregunta...

PEPITO (*con terquedad monomaniaca*).—No, no te tere, papá...

ENRIQUE (*á Esperanza*).—Sí, sí me quiere... (*Mirándola suplicante y amoroso, conmovidísimo.*) ¿Verdad que sí me quieres?

ESPERANZA (*resistiéndose y borrando una triste sonrisa*).—¡Qué empeño!

PEPITO.—Que no te tere... Y si no, que te bese... Auelito ma dicho que si la mamá te besa te curarás como yo, cuando me has pupa a cabesita... Mamá (*enérgico*), bésalo...

ESPERANZA (*un color se le va y otro se le viene*).—Pero, mocoso...

ENRIQUE (*mirando angustiosamente á su mujer*).—¡Esperanza!

ESPERANZA (*al niño*).—No, señor, aquí no manda usted. ¡Pues no faltaba más!

PEPITO.—¡Bésalo!

ESPERANZA.—No.

PEPITO (*asombrado*).—¡Uy, la mala!

ENRIQUE (*sobresaltado y vergonzoso*).—No, hijo mío, aquí el malo...

ESPERANZA (*interrumpiendo la confesión que va á hacer Enrique*).—Aquí el malo eres tú, chiquillo...

PEPITO.—Pos bésalo...

ESPERANZA (*inclinando la cabeza sobre su esposo, que le rodea el cuello con un brazo. Complaciente y emocionadísima*).—Hombre...

ENRIQUE (*abrazado fuertemente á su mujer y con voz apenas perceptible*).—¿Me perdonas, Esperanza?

ESPERANZA (*soltando á llorar*).—¡Dos años, dos años esperándote!..

EL ABUELO (*regocijado y alborotador, entra renqueando*).—¡Bravo, Pepito, te has portado!.. Vámonos al bazar; te compro todo lo que se te antoje, el caballo, el sable, el uniforme y la faja de general...

ENRIQUE (*enjuguándose las lágrimas*).—Yo le compro la cruz laureada...

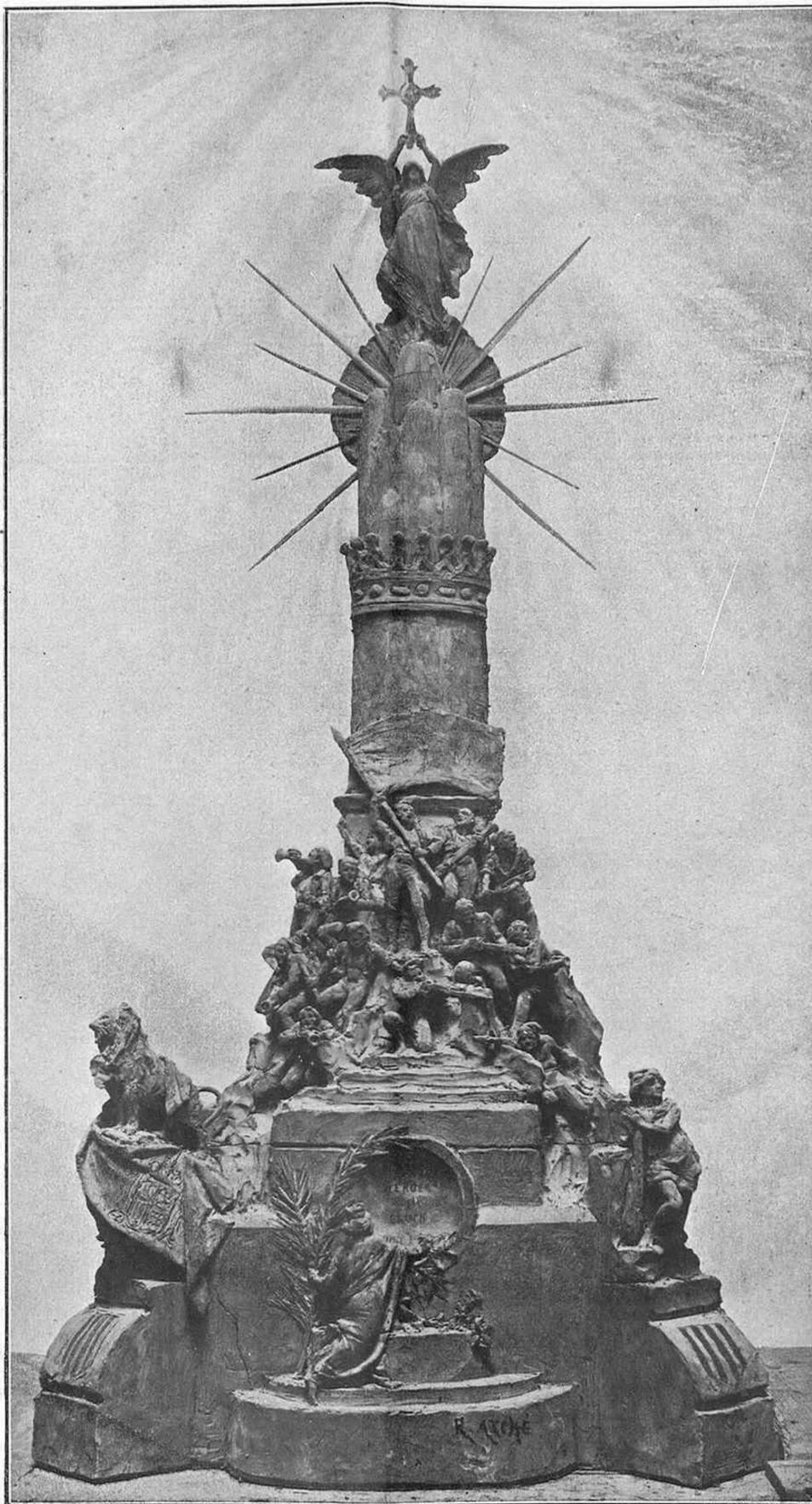
EL ABUELO (*al niño*).—¡Te voy á hacer ministro de la Guerra!

ESPERANZA (*agradecida é insinuante*).—Hágale usted ministro de Estado...

EL ABUELO.—Si fuese yo el subsecretario, creo que no lo haría mal...

EL BACHILLER CORCHUELO.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Boceto de monumento á los héroes del Bruch, obra de Rafael Atché

has sido la misma hija solícita y cariñosa suya; que no has tenido jamás ni una palabra siquiera de reproche...

ESPERANZA (*saltándosele las lágrimas*).—¿Y para qué iba á pronunciarlas, para entristecer á tu papá, que ninguna culpa tenía?.. Las penas no se alivian repartiéndolas: se agravan...

(Pausa.)

ENRIQUE (*entre avergonzado y temiendo el choque con su mujer, cuya dulzura inesperada no comprende*).—Esperanza, yo me he portado mal, muy mal contigo...

ESPERANZA (*adivinando lo que va á decir*).—No, no te canses... Pídemelo cuidado, solicitud, lo que quieras..., menos que volvamos á ser lo que antes éramos.

ENRIQUE.—¿Eres rencorosa?

ESPERANZA.—No, soy digna...

ENRIQUE (*cogiéndola amorosamente una mano, tan*

EL MEETING DE MÓNACO

EXPOSICIÓN Y CARRERAS DE CANOAS AUTOMÓVILES

De año en año son más importantes las carreras de automóviles organizadas en Mónaco, en donde no sólo han tomado carta de naturaleza, sino que constituyen uno de los grandes atractivos del final de la *season*.

Antes de lanzarse á la conquista de los premios que se proponen disputarse, las canoas inscritas para ese interesante concurso han estado expuestas durante dos días en el bulevar de la Condamine. Esta exposición fué inaugurada el día 4 de este mes por S. A. S. el príncipe Alberto de Mónaco, á quien acompañaban los Sres. Camilo Blanc, presidente del International Sporting Club; Ritt, gobernador del principado; comandante Carr, ayudante del príncipe, de los cónsules de Francia, Italia é Inglaterra, y de otras personalidades notables. El príncipe, que es un gran *yachtsman*, examinó detenidamente todas las canoas que, aliñeadas en un trozo cercado de la playa, ofrecían un aspecto muy pintoresco, y deparió con los constructores de esas embarcaciones, demostrando sus vastos conocimientos en la materia.

Las canoas que figuraban en la exposición eran las siguientes:

RACERS. Primera serie (de menos de ocho metros): *Antoinette IV*, *Seasick*, *La Rapiere II* y *Vol-au-Vent*; segunda serie (de ocho á doce metros): *Yarrow-Napier*, *Siola*, *Castit*, *F. I. A. T. XIII*, *Mercedes-Paris*, *Suzette*, *Calypso* y *Vera II*; tercera serie (de 12 á 18 metros): *Le Dubonnet*, *Mercedes W N*, *Mercedes D L* y *Delahaye*.

CRUISERS. Primera serie (de menos de 6'50 metros): *Mendelssohn*, *Takumono*, *Alexandre I*, *Alexandre II*, *Mugnette*, *Petroleum*, *Nautilus-Mutel*, *Extra-Dry*, *Regence-Buchet*, *Fleur d'Helice*, *Gamine*, *Pom*, *Dalifol*, *Motogodille I*, *Castor-Pollux*, *Cap Fleury* y *Petit Pierre*; segunda serie (de 6'50 á ocho metros): *Janus II*, *Florentia IV*, *Excelsior VIII*, *Mais-je-V-Piquer* y *Nihil*.

La exposición ha sido muy visitada, contándose entre los visitantes ilustres el rey de Suecia, que actualmente se halla en la *Cote-d'Azur*, y en ella padieron admirar los aficionados, así la gran variedad de formas de las canoas como la diversidad de ingeniosos y potentes motores de que las han provisto sus respectivos propietarios.

Las carreras comenzaron el día 8 con dos pruebas, una de moto-canoas de recreo de 6'50 metros y otra de moto-canoas

de ocho metros. La distancia que debía recorrerse era de 50 kilómetros. En la primera tomaron parte 16 canoas, saliendo vencedora la *Mendelssohn*; en la segunda, ganó *Antoinette IV*, tripulada por su propio constructor M. Pitre, que hizo el recorrido en una hora y nueve minutos; llegaron sucesivamente á la meta *La Rapiere* y *Vol-au-Vent*.

El día 9 se efectuaron las pruebas de las moto-canoas de

francesas, *F. I. A. T.*, italiana, y *Yarrow-Napier*, inglesa. Durante casi toda la carrera llevó ventaja la italiana, pero en la vuelta décimonovena pasaronle delante las dos francesas. El resultado definitivo fué el siguiente: 1.º *Delahaye* (4 horas, 40 minutos, 12 segundos); 2.º *Antoinette* (4 horas, 42 minutos y 53 segundos); 3.º *F. I. A. T.* (4 horas, 46 minutos, 38 segundos); 4.º *Yarrow-Napier* (4 horas, 47 minutos y 38 segundos).

Terminó el concurso de este año con dos *handicaps* que se efectuaron el día 13, uno de *cruisers*, en el que tomaron parte 24 embarcaciones, saliendo vencedora *Florentia*, que recorrió 50 kilómetros en dos horas y 15 minutos, y otro de canoas de carrera, en el que venció *Yarrow-Napier*, después de una lucha emocionante con la *Seasick*. — S.

MONUMENTO

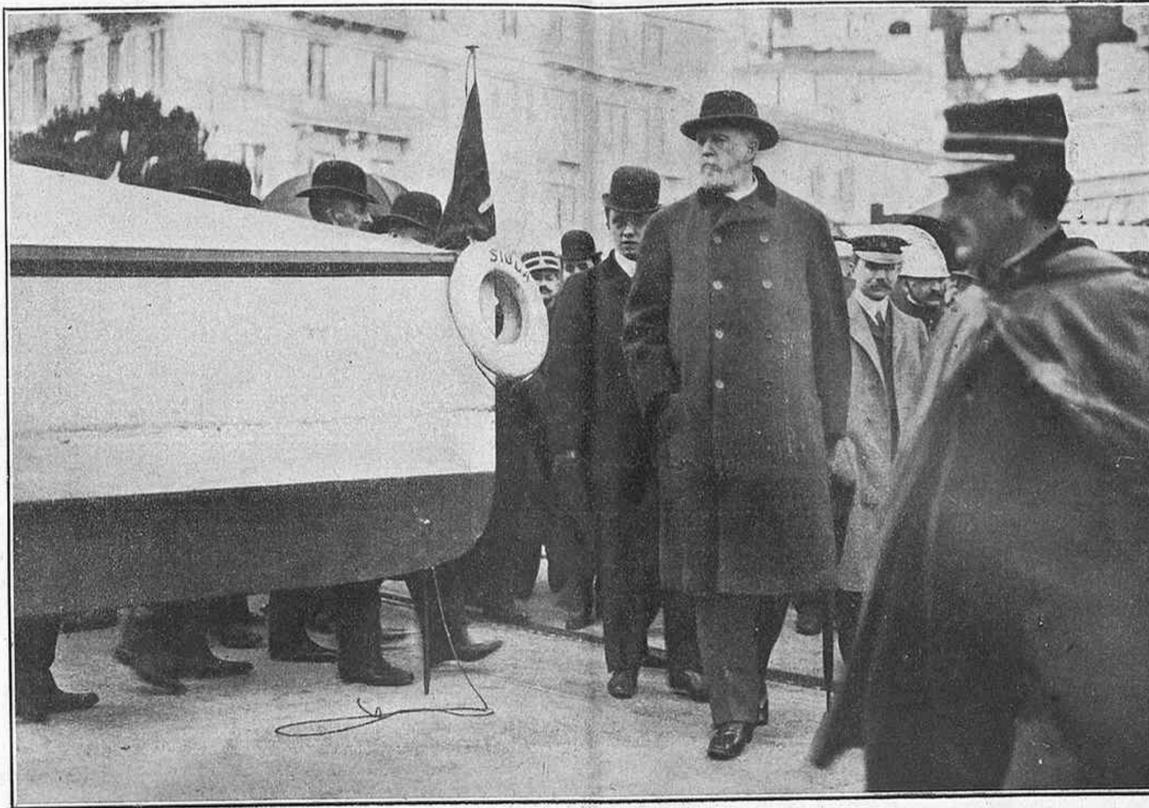
Á LOS HÉROES DEL BRUCH

(Véase el grabado de la página 268)

No hace mucho, vertióse en el Congreso la idea de erigir en Cádiz, Zaragoza, Gerona y Manresa sendos monumentos que conmemoraran los hechos heroicos en aquellas ciudades realizadas durante la épica lucha de la Independencia. El entonces capitán general de Cataluña D. Manuel Delgado Zuleta indicó al notable escultor barcelonés D. Rafael Atché la oportunidad de trazar un boceto de monumento dedicado á los héroes del Bruch, y el artista lo ha trazado en la forma grandiosa y bella que podrán ver nuestros lectores en la reproducción que en la página anterior publi-

camos. Sobre un pedestal, en cuyos cuatro ángulos hay otras tantas figuras que simbolizan España, Cataluña, el Valor y la Historia, álzase una columna, al pie de la cual se ve un pintoresco grupo formado por individuos del somatén con la bandera del Santo Cristo de Igualada y al lado de ésta el célebre tambor del Bruch. En el centro de la columna osténtase una corona conchal, y en la parte superior de la misma, que figura los picos del Montserrat, detrás de los cuales se pone el sol, álzase la Fe. En la base del monumento, una matrona, representación de la patria, empuña con una mano una palma, mientras con la otra escribe al pie de la dedicatoria «A los héroes del Bruch» la fecha de aquella gloriosa jornada.

La obra del Sr. Atché, en su conjunto y en sus pormenores, responde perfectamente al pensamiento en que está inspirada y tiene todo el carácter de grandiosidad monumental que corresponde á un hecho de tanta magnitud histórica como el que con ella se conmemora. — X.



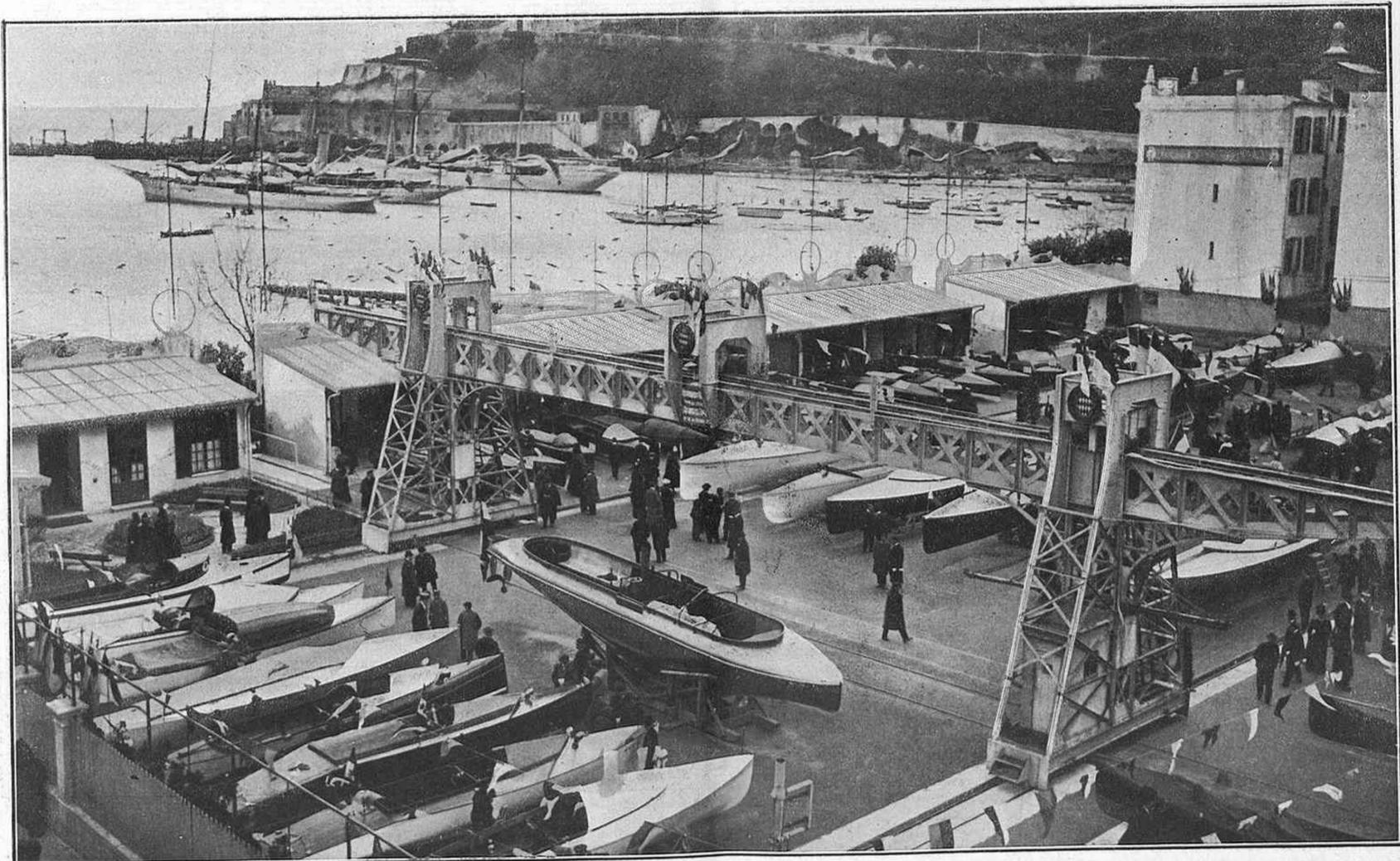
MÓNACO. — EXPOSICIÓN DE CANOAS AUTOMÓVILES. EL REY OSCAR II DE SUECIA VISITANDO LA EXPOSICIÓN (De fotografía de M. Rol y C.ª)

recreo de 6'50 á ocho metros, en una distancia de 50 kilómetros, y las de canoas de carrera de 8 á 12 metros, venciendo en las primeras *Excelsior II* (en dos horas, 19 minutos), y en las segundas *Yarrow-Napier* (dos horas, 41 minutos).

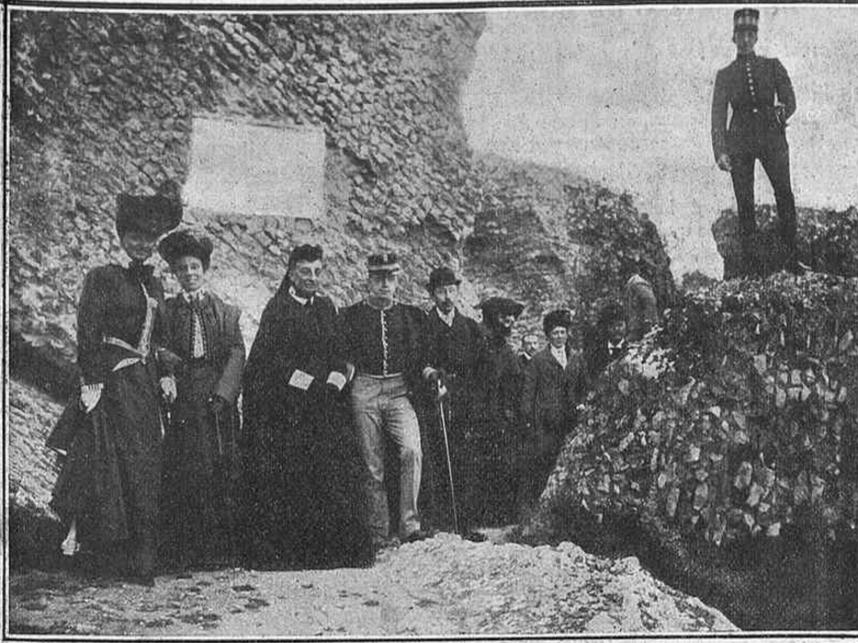
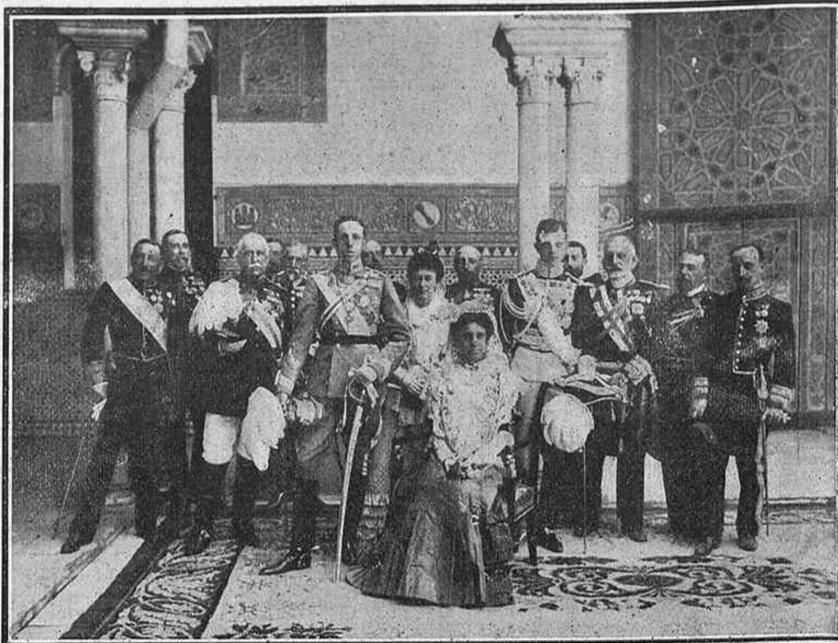
El día 10 corrieron por la mañana las moto-canoas de recreo de 12 metros y por la tarde las de 12 á 18, ganando respectivamente *Calypso* y *Delahaye*, que recorrieron los 50 kilómetros la primera en una hora, 28 minutos y 28 segundos, y la segunda en una hora y 18 minutos.

Las carreras del día 11 fueron reservadas á las moto-canoas de serviola y de pesca, habiendo resultado vencedora *Dalifol*, que recorrió los 20 kilómetros en una hora y 17 minutos.

Las pruebas del día 12 ofrecían especial interés, porque en ellas se disputaba el campeonato del mar, y dieron un resultado brillante. El recorrido era de 200 kilómetros. Tomaron parte en ellas 20 embarcaciones, pero desde luego se vió que la lucha quedaba circunscrita á cuatro: *Delahaye* y *Antoinette*,



MÓNACO. — VISTA GENERAL DE LA EXPOSICIÓN DE CANOAS AUTOMÓVILES. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á SEVILLA. -1. EL REY Y LOS INFANTES CON SU SÉQUITO EN EL PATIO DE LAS DONCELLAS. -2. EL REY, LA CONDESA DE PARÍS, LA PRINCESA DE ORLEANS, LA INFANTA D.^a MARÍA TERESA Y EL INFANTE D. FERNANDO EN LAS RUINAS DE ITÁLICA. -3. PASO DE UNA COFRADÍA POR LA PLAZA DE SAN FRANCISCO -4. EL REY DIRIGIÉNDOSE Á PIE Á VISITAR LOS MONUMENTOS. (De fotografías de Nuevo Mundo.)

LA ERUPCIÓN DEL VESUBIO

De fotografías de Carlos Abeniakar)



LOS HABITANTES DE BOSCOTRECASE CONSTRUYENDO TRINCHERAS PARA DESVIAR LA LAVA



EL PUEBLO LLEVANDO PROCESIONALMENTE LA ESTATUA DE SANTA ANA DELANTE DE LA CORRIENTE DE LAVA

La reciente erupción del Vesubio, una de las que mayores daños han causado de cuantas registran los anales históricos del terrible volcán italiano, comenzó el día 5 de este mes, si bien desde fines de enero venía observándose una gran recrudescencia en la actividad del mismo. El mencionado día la lava comenzó á desbordarse, mientras se producía una erupción enorme de bloques inflamados, de ceniza y de arenas, y se abrían cuatro nuevos cráteres que modificaban ligeramente la configuración de la montaña.

En las erupciones anteriores, el fenómeno había sido limitado casi exclusivamente á la efusión de lava hacia la vertiente, en donde no existen grandes centros de población, pero esta vez las varias corrientes han invadido las regiones en donde están Torre Annunziata, Boscotrecase, Boscoreale, Ottajano, Somma Vesubiana y otras muchas aldeas.

Toda la región vesubiana apareció desde los primeros momentos como una inmensa hoguera coronada por una enorme nube negra que se extendía hasta Nápoles y aun más allá y que dejaba caer una espesa lluvia de ceniza y de piedras en combustión que ha llegado á cubrir superficies de centenares de kilómetros cuadrados, sepultando pueblos, hundiéndose edificios y formando en la misma Nápoles, distante cincuenta kilómetros del volcán, una capa de cincuenta centímetros de espesor que hundió la cubierta del mercado de Monteolivete, causando gran número de muertos y heridos, y puso en grave peligro de ruina multitud de edificios.

A las lavas y cenizas no tardaron en añadirse torrentes de aguas hirvientes y saladas, viniendo á aumentar todos esos horrores la densa obscuridad que en todas partes reinaba.

Para comprender la violencia de la erupción bastará saber que el cráter vomitó grandes bloques incandescentes, lanzándolos á alturas de 800 y de 1.000 metros.

El espectáculo que ofrecían las poblaciones invadidas era horrible y á la vez fantástico. Los habitantes huían en masa, refugiándose unos en los buques anclados en los puertos, asaltando otros los

trenes que sin cesar partían de aquellos pueblos en dirección á Nápoles y corriendo otros desalados por los campos.

En Nápoles, en donde buscaron asilo la mayoría de los fugitivos, llegándose á contar hasta 200.000 de éstos, celebrábase procesiones en los barrios populares y las iglesias estaban llenas de fieles que imploraban el favor del cielo. También en las aldeas la poca gente que no había huído organizaba rogativas sacando procesionalmente las imágenes de su mayor devoción.

En la vertiente Sur del Vesubio, un torrente de lava de siete metros de alto por más de 200 de ancho atravesó los pueblos de Boscotrecase y Otta-

del Vesubio Sr. Matteucci permaneció en su puesto, acompañado de algunos carabineros afectos al servicio del mismo, á pesar del peligro que continuamente corrían todos ellos, y ni un solo día dejó de telegrafiar á Nápoles sus impresiones y las observaciones realizadas, procurando siempre tranquilizar los ánimos.

Los soberanos de Italia, los duques de Aosta y la princesa de Schleswig-Holstein acudieron á Nápoles y recorrieron, muchas veces con riesgo de sus vidas, las comarcas devastadas por la invasión de la lava. Los reyes pusieron el palacio que en aquella ciudad poseen á la disposición de los heridos y enfermos; más de mil de éstos fueron acogidos en aquella real residencia, siendo atendidos y alimentados por cuenta de Víctor Manuel II y asistidos personalmente por su augusta esposa. Algunas damas preguntaron á la reina Elena por qué había ido á Nápoles á exponer su vida en medio de tantos peligros, á lo que aquélla respondió: «Mi deber es acompañar al rey á todas partes en donde hay calamidades que socorrer y desgraciados á quienes consolar, y sólo lamento no poder hacer todo lo que deseo.»

El rey y la reina, unas veces embarcados, otras en automóvil y otras á pie, bajo una lluvia copiosa de cenizas, visitaron las localidades más perjudicadas, prodigando por doquier socorros y consuelo, y haciéndose verdadero cargo de la excepcional magnitud de la catástrofe



LA ERUPCIÓN DEL VESUBIO. — NÁPOLES. EL MERCADO DE MONTEOLIVETE, QUE SE HUNDIÓ BAJO EL PESO DE LAS CENIZAS, OCASIONANDO ONCE MUERTOS Y OCHENTA HERIDOS

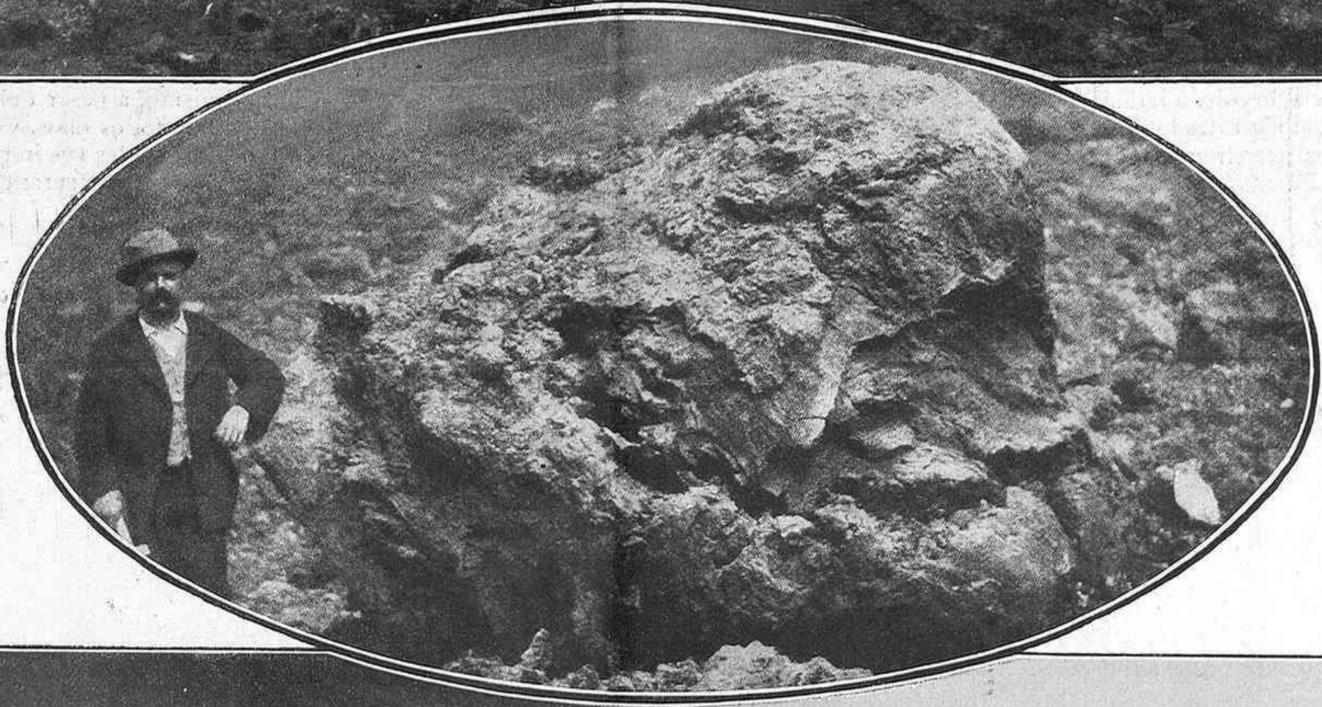
jano y se encaminó á Torre Annunziata y Pompeya. En San Giuseppe, 200 personas perecieron aplastadas en una iglesia cuyo techo se derrumbó al peso de la ceniza vomitada por el volcán; Ottajano quedó completamente destruída, calculándose en 250 el número de muertos sepultados entre los escombros; en Vesubiana, Saviano, Nola, Torre del Greco, Boscoreale y otras localidades, hundiéronse multitud de edificios. Los daños materiales se estiman en cientos de millones de liras; el número exacto de muertos y heridos no se conoce todavía, pero por los datos aislados que se van reuniendo se supone que debe ser muy considerable.

Durante la erupción, el director del observatorio

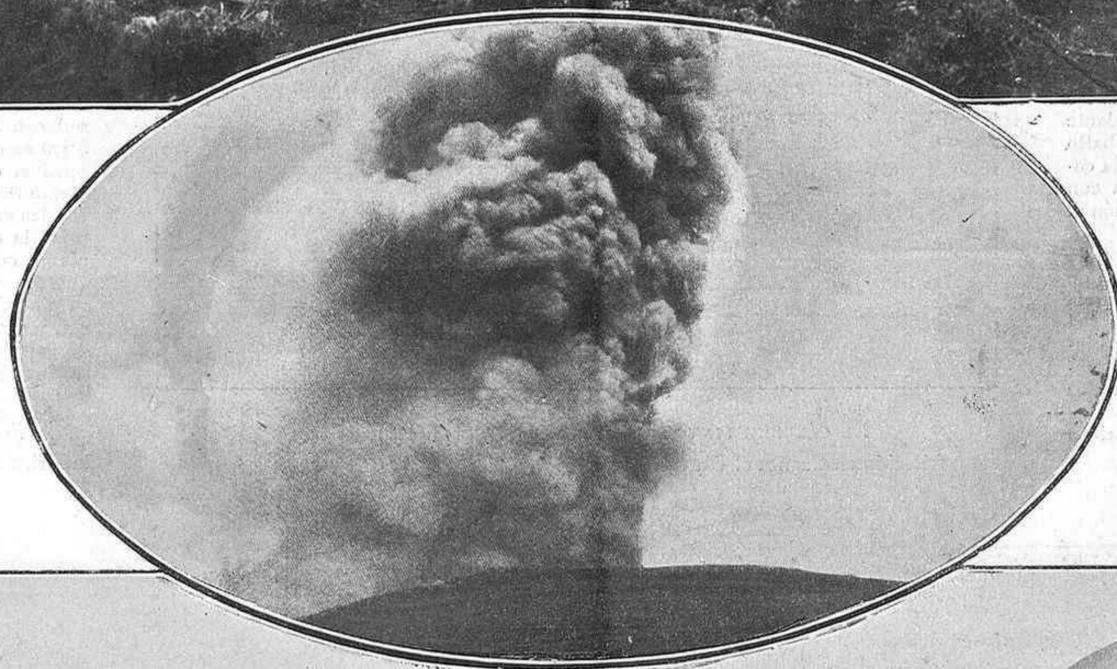
para remediarla hasta donde sea posible.

Los actos de abnegación y de valor de los soberanos, de los duques de Aosta y de la princesa de Schleswig-Holstein han merecido universales alabanzas.

Cierto día, la duquesa y la princesa hicieron una excursión por los lugares devastados, y no pudiendo utilizar ni automóvil ni carruaje, recorrieron parte del trayecto á caballo y parte á pie. Anduvieron unos veinte kilómetros, caminando sobre una espesa capa de arenas y de ceniza y sufriendo una lluvia de ceniza espantosa, y pudieron socorrer á una porción de grupos de fugitivos, perdidos en aquellas tristes soledades.—R.



La erupción del Vesubio.— 1. Turistas en el Vesubio durante el período de reposo del volcán. — 2. Masa de lava petrificada procedente del Vesubio
3. Lluvia de cenizas en Nápoles durante la presente erupción. (De fotografías de Carlos Abeniakar.)



La erupción del Vesubio.— 1. Corriente de lava que invade un viñedo en Bosco Trecese. — 2. La columna de humo que sale del cráter del Vesubio
3. Adoración de una imagen de Santa Ana para detener las lavas. (De fotografías de Carlos Abeniakar.)

MANUEL DOMÍNGUEZ

En Cuenca, en donde se hallaba accidentalmente, ha fallecido el notable pintor don Manuel Domínguez, una de las personalidades más salientes del arte español contemporáneo.

Nació en Madrid en 1842, fué discípulo de la Real Academia de San Fernando y en 1860 presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes el cuadro *Doña María Pacheco logrando salir disfrazada de Toledo merced á la generosidad de Gutierre López de Padilla*, que fué premiado con mención honorífica. En 1864 ganó por oposición una plaza de pensionado en Roma; en 1871 envió el famoso lienzo *La muerte de Séneca*, que le valió una primera medalla en la exposición de aquel año y posteriormente otros premios en las universales de Viena (1873) y de París (1878); en la actualidad se conserva dicha joya artística en el Museo de Arte Moderno de Madrid.

Entre las más inspiradas obras de Domínguez pueden citarse *La Porciúncula* del altar mayor de San Francisco el Grande, *Nuestra Señora del Carmen* de la propia iglesia, *Baile de corte*, *Los caballitos del Tío Vivo* en la pradera de San Isidro de Madrid, las pinturas del palacio del marqués de Linares, los ocho *panneaux* del Ministerio de Fomento, las pinturas murales del palacio de Murga, los techos del palacio de Laros, los lienzos de la Escuela de Minas, los del palacio de los Sres. de Selgas en Muros, etcétera, muchas de las cuales hemos reproducido en diferentes números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Fuó además retratista notabilísimo, y deja, aparte de los grandes lienzos citados, multitud de cuadros de caballete, acuarelas y dibujos de gran mérito.

El reputado crítico Sr. Balsa de la Vega ha dicho de él: «Tan sólida como su figura, tan reposada como su carácter, es la pintura de Domínguez. Pinta sin exaltaciones desorbitadas; concibe con gran claridad; es noble su casta de color, y una vez puesto delante del lienzo no vacila; y si no es el caballo árabe que recorre el camino con rápida carrera, su labor, en cambio, ejecutada con calma, tiene la misma solidez y perfección al comienzo que al final.»

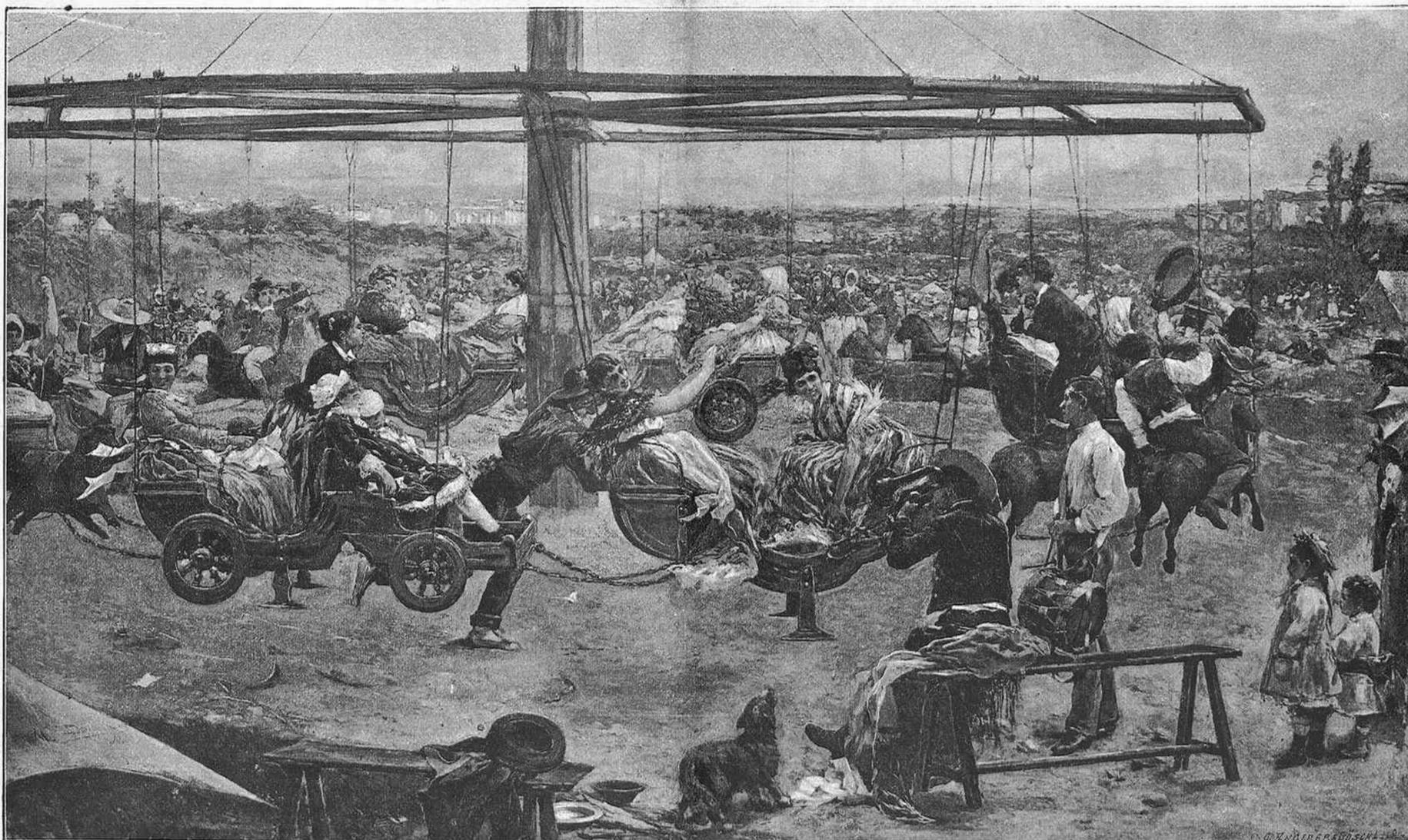
Era profesor de la Escuela Superior de Pintura Escultura y Grabado y miembro de la Real Academia de San Fernando, y poseía las grandes cruces de Carlos III y de Isabel la Católica. Fué jurado en varias exposiciones, y en la universal de París de 1880 presidente de la sección española de Bellas Artes.

¡Descansen en paz el celebrado y laborioso artista!



EL CÉLEBRE PINTOR ESPAÑOL D. MANUEL DOMÍNGUEZ, fallecido en Cuenca el día 15 de los corrientes. (De fotografía de Toneser.)

Bellas Artes. — BARCELONA. — Salón París. — Varias son las exposiciones recientemente celebradas en este Salón; de ellas nos ocupamos sucintamente y por el orden en que se han efectuado. El notable paisajista Joaquín Vancells expuso una serie de paisajes, grandiosos unos, como los de San Llorens del Munt, delicados otros, como los de los alrededores de Llavanas, y todos dignos de su reputación por su poesía por su hermosa perspectiva y por su verdad; Modesto Urgell, un paisaje de nieve, bellísimo como todos los de este afamado pintor; Laureano Barrau, dos acuarelas que representaban dos medias figuras de mujer, admirablemente dibujadas y pintadas con la delicadeza de entonaciones en él característica; R. Rocamora, cuatro retratos en alto relieve vaciados en yeso y encuadrados en originales marcos que revelan en su autor notables disposiciones para el cultivo de este género; Luisa Vidal, varios retratos y estudios, en los que se admiraban una sobriedad, una armonía de color, una sinceridad y firmeza en el dibujo y un profundo espíritu de observación que sólo se encuentran en los grandes artistas; José M.^a Tamburi, una hermosa alegoría de la Primavera, de intenso valor decorativo, de dibujo correcto y atildado y de poético y delicado colorido; Dionisio Baixeras, una escena paradisíaca inspirada en los textos sagrados, en la que se armonizan perfectamente caracteres al parecer contrapuestos, resultando de ello un nuevo aspecto de la personalidad de tan celebrado pintor; E. Flo, dos cuadros de figuras de aspecto simpático; Javier Nogués, tres paisajes con algunos fragmentos bien sentidos; Carlos Vázquez, cuarenta obras de todos los géneros y procedimientos, figuras, paisajes, cuadros de género, al óleo, á la acuarela, al lápiz, todas dignas del renombre del artista, todas inspiradas en la realidad, admirablemente concebidas y perfectamente ejecutadas, mereciendo entre ellas especial mención los paisajes del Valle de Ansó y de Jaca, las marinas del Cantábrico y de las costas catalanas, las elegantes figurillas y los tipos populares. Asimismo ha podido admirar el público en el Salón París una exposición notabilísima de obras del tan unánime y justamente renombrado pintor D. José Masiera. De las cincuenta producciones que constituían la exposición, unas eran dibujos á la pluma con golpes de agua tinta y de blanquete, que causaban maravilloso efecto por su precisión, por su verdad y por su elegancia, y otras cuadros al óleo, reproducciones de paisajes de Cataluña, en los cuales no se sabía qué encomiar más, si el gusto exquisito con que el autor escogió los más bellos temas que la naturaleza ofrecía á sus ojos, ó la frescura, la jugosidad, la vida con que supo trasladarlos al lienzo.



Los caballitos del Tío Vivo en la pradera de San Isidro de Madrid, cuadro de Manuel Domínguez

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—No, contestó el conde; le encontré por primera vez el invierno pasado.

—¡Ah!, exclamó el Sr. Kosup, parece ser un caballero muy cumplido é inteligente. Debe estar muy disgustado por su semejanza con ese Willis..., ¿no le parece á usted?

—Si ese bribón tuviera conocimiento de tal semejanza, repuso Fedovsky, se podría aprovechar de ella.

—¿Cómo así, conde?, preguntó el Sr. Williams volviéndose de repente.

—Podría girar letras contra comerciantes que no sospechan y que le conocen á usted.

—¡Oh! Supongo que la semejanza no llegue hasta el punto de que usted no pudiera distinguir entre los dos si nos viera á la vez. Una simple descripción no es nunca satisfactoria, aunque se acerque mucho á la verdad; pero de todos modos, yo creo que si Willis se parece tanto á mí se hallará más expuesto á que le descubran. ¿No le parece á usted así, barón?

—Es muy posible. Las personas que vieran á cualquiera de los dos extrañarían la semejanza, y cuando se probase que la una no era usted, indudablemente debía ser la otra.

—Precisamente. ¿Cree usted, señor conde, que su amigo el inspector Byrnes haría la misma deducción?

—Yo no sé, repuso Fedovsky algo sorprendido por la pregunta.

Pero el Sr. Williams, conservando siempre su expresión bonachona, aparentaba no haber dicho nada de particular.

—Si yo no fuese tan perezoso, añadió el americano, me complacería en buscar la pista de ese hombre y prenderle. Siempre me interesó el servicio de la policía, y desde que hablamos de ella me parece comprender el asunto mejor que nunca.

—Agradeceríamos mucho su cooperación, dijo el inspector.

—¡Oh, sí, ciertamente!, añadió el banquero.

—Tal vez crea usted que comienzo á volverme loco, señor conde, dijo el Sr. Williams en tono de broma.

—¡Nada de eso!, replicó Fedovsky. Hasta yo mismo me intereso en tal asunto, y un criminal como Willis es capaz de interesar á cualquiera.

—Pues si yo estuviera siempre tan animado como esta noche, ofrecería mis servicios al barón... ó al inspector Byrnes, repuso el Sr. Williams; pero me conozco muy bien, y sé que si mañana tuviera el más ligero dolor de cabeza ya no pensaría más en el asunto. Sin embargo, caballeros, si alguno de ustedes se cruzase alguna vez con Willis, escríbame dos líneas, y yo acudiré para demostrar que él y yo somos dos personas distintas.

Poco después de mediar esta conversación, los condesales se retiraron; el banquero dijo que su salud no le permitía acostarse tarde; el barón alegó que debía cumplir con sus deberes oficiales; y el señor Williams salió con Fedovsky.

—¿Sabe usted, díjole de pronto el americano, que yo hablaba con formalidad cuando dije que de buena gana sería agente de policía secreta.

—Tal vez fuera muy divertido, replicó Fedovsky.

—¿Qué le parece á usted la idea de que usted me prestara mano?

—¡Oh! Yo no sirvo para eso, contestó Fedovsky con cierta confusión. Probablemente no serviría más que para entorpecerle á usted.

—¡Vamos, esto no ha sido más que una broma!,

dovsky aparentando toda la indiferencia que le fué posible.

—No tengo tan buena memoria para recordar los nombres como las fisonomías, contestó el americano, y además, esos hombres cambian siempre sus patronímicos; pero una circunstancia me induce á creer que ese individuo pertenece á la pandilla de Willis. Cuando le vi en París, apenas me divisó hizo ademán de salirme al encuentro como para hablarme, pero no bien estuvo bastante cerca, se paró de repente y luego pasó de largo. En el momento no me ocurrió, pero después pensé que el hombre me había tomado por Willis y no reconoció su error hasta que estuvo bastante próximo para distinguir mis facciones. Entonces detúvose, dió media vuelta y se alejó.

—Eso sería, repuso Fedovsky, á quien produjo cierta impresión la historia, y que no sabía á punto fijo si el Sr. Williams hablaba con formalidad ó de broma. ¿Por qué no refirió usted este incidente al barón?, preguntó.

—Porque el barón, como inspector de policía, no hubiera hecho tal vez suficiente aprecio de mis indicaciones, por no ser yo individuo del cuerpo. Sin embargo, yo apostaría á que no será el barón quien consiga penetrar el misterio con que se rodean los falsificadores; y opino que un particular cualquiera, como usted ó como yo, tendría más probabilidades de lograr el objeto.

Fedovsky y el Sr. Williams avanzaban á lo largo del Schloss y habían llegado á la esquina de una estrecha calle; una vez allí, el americano se detuvo de pronto.

—Mire usted, dijo á su compañero, aún no son más que las once, y propongo que entremos en un café á beber un vaso de cerveza. De este modo dormiremos mejor.

Fedovsky aceptó sin vacilar, pues habíase acostumbrado á frecuentar tales sitios para ver si obtenía algún informe que le conviniese.

A los pocos pasos llegaron á la puerta de una cervecería, en cuyas ventanas había mucha luz, oyéndose en el interior el rumor de animadas conversaciones; y un momento después hallábanse en una estrecha sala, donde el humo del tabaco y de las luces formaban una espesa atmósfera bastante desagradable. Los concurrentes ocupaban muchas mesitas cuadradas, y cada cual tenía junto á sí un vaso ó un jarro de cerveza. Los camareros andaban de un lado á otro con las bandejas cargadas, y reinaba allí la mayor animación. Aquella sala comunicábase por medio de un arco con otra semejante llena también de consumidores.

Con no poca dificultad, uno de los mozos encontró sitio para el Sr. Williams y su compañero muy cerca del citado arco, desde donde se dominaban muy bien ambas salas. El Sr. Williams se sentó, apoyándose en la pared; sirviéronles muy pronto la cerveza que habían pedido, y encendieron sus cigarrillos.

—No me explico, dijo el americano, cómo los alemanes son tan apasionados por la cerveza, complaciéndose en llenarse el estómago de ese líquido hasta que no pueden más. Quizás tenga para ellos



... reinaba allí la mayor animación...

dijo Williams; pero voy á decir á usted lo que me inspiró la idea. Me parece que sé quién es uno de los falsificadores, ó mejor dicho, que podría señalar á un hombre complicado en las falsificaciones.

—¿Que podría usted señalarle?, exclamó Fedovsky. ¿Quién es?

—Sin duda le parecerá á usted muy divertido... Sí, creo haber descubierto á uno de esos tunantes, y no me extrañaría que fuese algún jefe. Sé que es americano, y también criminal, pues casualmente tuve ocasión de verle como acusado en la sala de un tribunal de Nueva York.

Fedovsky comenzó á temer que manifestaba demasiado interés, y abstuvo de hacer pregunta alguna; pero Williams, sin fijarse en su silencio, continuó:

—Era el tiempo en que yo trabajaba aún, y aquel hombre fué conducido á la cárcel por haber falsificado la firma de nuestra casa; pero su abogado defensor se dió tan buena maña, que le absolvieron. Yo no olvido estas cosas, y siempre tenía presente en el pensamiento á ese hombre. Hace pocos días le encontré en París, rondando una casa de banca, y estoy seguro de haberle visto anoche cuando me dirigía á mi alojamiento...

—¿Y sabe usted cómo se llama?, preguntó Fe-

cierta fascinación... También á mí me gusta algunas veces.

—No sería malo, replicó Fedovsky, que los rusos se acostumbraran á esa bebida, pues me parece un calmante que predispone á filosofar, y esto conveniría á muchos de mis compatriotas.

—Estas cervecerías deben ser también un medio para entrar en relaciones con diversas personas; yo creo que todos los que se hallan aquí son conocidos unos de otros, y que nosotros somos los únicos extranjeros... ¡Hola!.. ¿Será posible?..

Esta exclamación fué proferida en voz baja, y Fedovsky miró á su compañero con aire interrogador. El Sr. Williams tenía la mirada fija en el ángulo más distante de la sala, con la expresión del hombre que ve una cosa inesperada y apenas da crédito á sus ojos.

—¿Qué ocurre?, preguntó el ruso.

—No somos tan desconocidos como yo pensaba, replicó el Sr. Williams, ó por lo menos yo, pues acabo de columbrar un individuo á quien he visto antes.

—Y ese encuentro le desagrada tal vez, añadió Fedovsky. ¿No es así?

—Eso sería según y cómo; pero el encuentro me parece extraño, pues precisamente hablábamos de esa persona.

—Supongo que no será el barón...

—No, no es el barón, pero sí un hombre á quien seguramente el inspector pondría la mano encima de buena gana.

—¡Ah! Ya comprendo... Será el individuo que encontró usted en París rondando el Banco... ¿Se halla aquí?

—Sí, pero no vuelva usted la cabeza demasiado pronto, pues si llega á fijar en mí su atención, seguro es que se marchará. ¿Quiere usted que urdamos alguna trama para cogerle?

—De poco serviría si no tenemos algunas pruebas contra él, repuso Fedovsky.

—Tal vez tenga usted razón, y cualquiera diría que entiende usted de estas cosas; mas opino que no estaría de más idear algún medio para que la policía le siguiese la pista.

—¡Oh! La policía no agradece siempre el auxilio de los extraños, dijo Fedovsky, quien no deseaba que el Sr. Williams se mezclase en el asunto, y por otra parte, tal vez ese individuo no sea efectivamente uno de los falsificadores. Sin duda se conoce ya su llegada aquí, y acaso no se espere más que una ocasión oportuna para prenderle.

—Bien, tal vez tenga usted más razón que yo, puesto que ha podido adquirir en Nueva York algunas nociones sobre la manera de proceder contra esa gente, replicó el americano, que con intención ó por casualidad insistía en sus alusiones sobre el conocimiento de Fedovsky con el inspector Byrnes. En cuanto á mí, soy demasiado perezoso para mezclarme en los asuntos de nadie, y menos en los de un criminal. Pero ¿qué proyectará ese hombre ahora?

Fedovsky cambió de posición en su silla de modo que pudiera ver bien el ángulo más lejano de la sala; su mirada recorrió todas las mesas, y fijóse al fin en un individuo aislado de los demás. Entonces dejó escapar una exclamación, aunque en voz baja; pero el Sr. Williams lo oyó.

—¡Hola!, dijo; paréceme que usted también conoce á ese hombre...

El joven ruso se mordió los labios, pues acababa de cometer otra torpeza; pero Williams había conjeturado bien. El conde conocía por demás al hombre en cuestión; cierto que sus patillas habían desaparecido y que ahora llevaba anteojos para disfrazar la expresión de sus facciones; pero Fedovsky no podía engañarse: era el ladrón á quien intentara detener en la calle de Nassau en el acto de robar la caja de valores al agente del Banco.

XVIII

«ROBERTO CECIL»

Ya no dudaba Fedovsky que había encontrado uno de los falsificadores, tal vez el mismo Willis, casi mítico hasta entonces. No conocía el nombre del ladrón de la calle de Nassau, y aunque creyera haberle visto en la casa de juego donde perdió sus últimos mil duros, ignoraba que fuese el mismo hombre en quien Tomás reconoció á su hermano. Sin embargo, así era.

El joven ruso presintió que comenzaba á llegar al fin de sus pesquisas; y ya pensaba en la manera de separarse del Sr. Williams á fin de que le quedara libre el campo para sus operaciones, cuando

el mismo americano, anticipándose á sus deseos, díjole que no se encontraba bien.

—Ya sé lo que tengo, dijo el Sr. Williams; es un antiguo achaque que se suele producir cuando bebo cerveza algunos días seguidos; mas poseo unas píldoras que me aliviarán. Dispense usted, pues, que le dé las buenas noches; no es necesario que usted se retire también, pues de aquí á mi alojamiento hay poca distancia. Mañana estaré bien, y seré mejor compañero. Adiós.

Al decir esto, el Sr. Williams se levantó y dirigióse á la puerta de la sala, eligiendo para salir (casualmente ó no) el instante en que el supuesto falsificador volvía la cabeza al otro lado. Fedovsky pensó que tal vez el americano no estaba verdaderamente indispuerto, y que su marcha podría tener alguna relación con la presencia del falsificador; mas no le era posible imaginar cuál fuera. De todos modos, la ocasión era propicia y debía aprovecharla.

Las medidas audaces son á veces las mejores, y Fedovsky juzgó indispensable obrar desde luego para que el hombre no se escapara. En su consecuencia levantóse de la mesa y cruzó la sala como para marcharse; mas cuando estuvo cerca del falsificador, miróle fijamente, con expresión de duda. Después se acercó á él, le puso una mano sobre el hombro, y contestó con una sonrisa á la mirada interrogadora del hombre.

—¿Cómo está usted, buen amigo?, díjole en inglés. ¿No me reconoce usted ya?

El hombre miró á su interlocutor con expresión recelosa é hizo una señal negativa.

—No recuerdo haberle visto á usted nunca antes de ahora, contestó. Tal vez me toma por otro.

Esta contestación regocijó mucho á Fedovsky, pues por ella pudo comprender que el hombre no le reconocía como su antagonista de la calle de Nassau, sin duda porque aquel lance fué demasiado breve y confuso para que el ladrón pudiese retener en la memoria las facciones del conde, si bien es verdad que también éste había cambiado mucho de aspecto.

—Voy á refrescarle á usted la memoria, dijo; yo soy el conde Iván Fedovsky, y usted es el Sr. Roberto Cecil, de Boston, á quien tuve el gusto de ver en Londres, dos años hace.

El joven ruso esperaba, naturalmente, que el hombre negase esta personalidad, en cual caso habría hablado sobre la singularidad de la semejanza, valiéndose de un medio ú otro para prolongar la conversación. Después confiaría en la casualidad para que le ayudase á conseguir su objeto.

Pero el individuo no se prestó á llenar esta parte del programa. El hecho es, aunque Fedovsky lo ignoraba, que el criado Tomás había dado al falsificador muchos informes respecto al conde en la noche que le encontró en la sala de juego, y el bribón lo recordaba todo perfectamente. Como se le había dicho que Fedovsky era muy rico, supuso que el error de éste, al tomarle por Roberto Cecil, era verdadero, y ocurrióle de pronto que valdría la pena de aprovecharse de la equivocación para entrar en relaciones con el conde. De aquí resultó un juego de palabras y de falsos asertos por demás curiosos.

—He oído hablar de usted antes de ahora, conde, dijo el falsificador, y lo que me parece más raro es que fuera por conducto del Sr. Cecil, de Boston, muy amigo mío. Yo me llamo... (el hombre vaciló un momento) Carlos Brown, y con frecuencia he oído decir que Cecil y yo nos parecemos mucho, lo cual explica el error de usted.

Este audaz aserto divirtió mucho á Fedovsky; mas aunque le confirmase en sus sospechas, no se explicaba cuál podía ser el objeto de Brown, ni sabía tampoco, por supuesto, que su verdadero nombre era Bolan.

—¿Y cómo estaba Cecil la última vez que usted le vió?, preguntó Fedovsky.

—Bastante bien..., pero siéntese usted, señor conde, y permítame aprovecharme de su equivocación. ¿Se propone usted permanecer mucho tiempo aquí?

—No estoy seguro de nada; mañana mismo podría antojármese ir á otra parte. La verdad es que me contraría que no sea usted la persona por quien le tomé, pues necesitaba su consejo, y al pronto creí que era providencial haberla encontrado en esta ciudad.

—¿Un consejo?, dijo Brown, cuyo pálido rostro expresó la más viva curiosidad: ¿Era el Sr. Cecil consejero de usted?

—Sí, por lo menos en cuestión de negocios; ya recordará usted que era un notable hacendista.

—Sí, ciertamente que sí..., maravilloso, dijo Brown con expresión meditabunda, como si pensara realmente en la capacidad de aquel amigo.

—En cambio yo, continuó Fedovsky, no puedo hacer nunca la más sencilla operación sin cometer alguna torpeza. Ahora, precisamente, acabo de recoger cierta suma depositada, por no producirme un interés razonable, y proponíame comprar con ese dinero papel de buena salida. Nadie como Cecil hubiera podido hallar lo más conveniente en este caso; y por lo pronto encuéntrome con todo ese dinero entre manos sin saber cómo emplearle mejor.

—¿Quiere decir, repuso el otro, que lo habrá depositado usted en casa de su banquero?..

—Supongo que es lo mejor que podía hacer, por pura prudencia, porque es muy expuesto llevar encima medio millón de pesetas; pero recibí esta mañana el dinero en billetes y obligaciones, y he tenido tanto que hacer, que aún conservo la suma entre manos. Pienso ir mañana á ver al Sr. Knoup para pedirle consejo.

—¿Al Sr. Knoup dice usted?, replicó Brown con un tono en que parecía mezclarse la sorpresa y la compasión.

—¿Por qué no? Parece un hombre muy servicial, y no sé quién podría informarme mejor que él sobre el asunto.

—Knoup será tan buen hombre como usted quiera, pero solamente mira por sus intereses, sin cuidarse de los demás. Si usted le confía su dinero, el beneficio será para él solamente; esto es indudable. Yo no tengo nada que ver en el asunto; pero si estuviese en el lugar de usted, dejaría á Knoup en paz. Mejor es que guarde usted el dinero en su caja.

—Parece que también usted es entendido en estas cosas, Sr. Brown...

—¡Oh! Es natural, pues durante diez años fui accionista del Banco de Beacon, y director durante dos; de modo que aprendí en buena escuela.

—Pues en ese caso, repuso Fedovsky, no necesito dirigirme á otra persona.

—Nada de eso, interrumpió Brown; si puedo servirle á usted de algo, disponga de mí en cuanto guste. Cualquiera amigo de Cecil lo es también mío.

—Muy bien; yo iba á decir que usted podría tal vez aconsejarme en este caso tan bien como el mismo Cecil.

—No diré lo contrario. Cecil acostumbraba á consultarme cuando le ocurría alguna gran dificultad; pero no es lo mismo aconsejar á un amigo que á un extraño, señor conde, pues para el primero se puede aceptar la responsabilidad, mientras que para el segundo...

—¡Oh! Si no hay más obstáculo que ese, diré que es usted demasiado escrupuloso, repuso Fedovsky; y si usted quiere favorecerme con su consejo, yo acepto la responsabilidad, quedando agradecido, aunque tampoco debo abusar...

—¡Oh! En cuanto al consejo, no cuesta nada, y me alegraría dar á usted alguno bueno. ¿Qué suma trata usted de emplear?

—Creo que medio millón de pesetas, poco más ó menos...

—¿Le tiene usted bajo la forma de papel negociable?

—Sí, billetes de Banco y obligaciones.

—Supongo que no lleva usted esos valores encima...

—No; los tengo en mi cofre. Yo estoy alojado en el hotel de Bellevue.

—Me parece que no será difícil encontrar buena colocación para ese dinero. Yo le diré, por lo menos, lo que yo haría en su lugar.

—Apreciaré en mucho su recomendación, repuso Fedovsky inclinándose ligeramente.

—¡Veamos!, dijo Brown aparentando que reflexionaba profundamente. ¿Lleva usted consigo la nota de esos valores?

—No, contestó Fedovsky sonriendo; mas podría decirle á usted poco más ó menos en qué consisten. En cuestión de negocios soy un niño; pero supongo que será necesario lo que usted pide.

—Por lo menos, lo creo conveniente, porque la transacción en que pienso ahora llevará consigo negociaciones con tercera persona, y ésta deseará sin duda saber con exactitud de qué se trata.

—En tal caso, creo que lo más sencillo será mostrarle á usted los valores mismos en vez de la lista.

—No había pensado en eso, dijo Brown apurando un vaso de cerveza y dejándole sobre la mesa.

—Pues bien, si usted quiere venir conmigo al hotel...

—¡Oh! Ahora no podrá ser, porque ya se hace tarde; pero si usted quiere, nos veremos mañana.

—Perfectamente; señale usted sitio y hora, y no faltaré, pues á decir verdad, me inquieta un poco tener tanto dinero en mi poder.

—La gente es bastante honrada aquí, dijo Brown; pero medio millón es cantidad más que suficiente

para tentar á cualquiera. Ahora le diré á usted en qué punto podremos vernos. Sin duda sabrá donde se halla el nuevo teatro que acaban de edificar, del cual le advertiré que soy accionista; mañana se inaugura, y yo debo estar allí por la tarde para atender á varias cosas. Le esperaré á las cuatro; procure usted ser puntual, y no olvide los valores. Yo citaré á la persona que ha de entender también en el asunto; hablaremos del negocio, y usted resolverá lo que juzgue más conveniente. ¿Le parece bien?

—Estoy en un todo conforme, y le agradezco mucho el servicio, dijo Fedovsky; pero ¿cómo podré entrar en el teatro?

—Con esto bastará, contestó Brown rasgando una hoja de papel de su cartera después de haber escrito en ella algunas líneas; presente usted este papel en la puerta del escenario y le dejarán pasar. ¡A las cuatro en punto, no lo olvide usted!

—De ningún modo. ¿No será demasiada molestia para usted?

—Nada de eso, pues me alegro mucho de tener esta oportunidad de servirle. Y ahora, añadió Brown, como acostumbro á retirarme temprano, permítame darle las buenas noches.

—Le acompañaré á usted hasta la esquina, dijo el conde.

Los dos se levantaron, y llegados á la extremidad de la calle, despidiéronse hasta el día siguiente.

Mientras se dirigía á su alojamiento, el conde pensó que el asunto de que estaba encargado tomaba buen giro. Había sobradas razones para creer que el llamado Brown era uno de los falsificadores; estaba ya en relaciones con él, lo cual era muy importante, y hábale hecho creer que tenía mucho dinero. Debía verle al día siguiente para enseñarle los valores, y era necesario prepararse á fin de que la aventura tuviese el éxito apetecido.

No debía dudar que Brown trataba de apoderarse del dinero, por estrategia si era posible, ó violentamente si no encontraba otro medio; mas un teatro le pareció sitio tan poco á propósito para esto último, que Fedovsky opinó que el hombre se decidiría por lo primero. De todos modos, debía ir bien preparado: en cuanto á los valores, Byrnes le había dado en Nueva York papel recientemente falsificado; no ascendía á la suma de medio millón, pero era suficiente para el objeto.

Si Brown solicitaba que se le confiase el papel, Fedovsky se lo entregaría, y después, cuando tratase de cambiarlo por metálico, se le prendería, obligándole con amenazas á revelar los secretos de sus cómplices. Si el falsificador trataba de apoderarse de los valores por violencia, el conde confiaba en defenderse bien; mas como no se trataba tan sólo de su vida, sino de asegurar el buen éxito de su misión, el joven ruso pensó que sería prudente buscar algún auxilio. Sin embargo, en Dresde no podía contar más que con dos personas, el barón y el señor Williams; no vaciló en decidirse por el primero; pero como el segundo había sugerido la idea de entablar una campaña contra el falsificador, sería seguramente mejor aliado, y el conde resolvió al fin hablarle á la mañana siguiente.

Pero al otro día, cuando fué en busca del señor Williams, dijéronle que éste había marchado á primera hora á Colonia, y que no regresaría hasta fines de la semana. La cita con Bolan (*alias* Brown) no podía aplazarse, y en su consecuencia, Fedovsky resolvió ir solo á encontrarse con el astuto individuo, lo cual no dejaba de ser algo expuesto.

XIX

LA CITA

En la tarde del día siguiente, Fedovsky puso en el bolsillo interior de su levita los supuestos valores, y en el del pantalón un pequeño revólver. Jamás había disparado un tiro contra ningún ser humano, y no esperaba verse en la precisión de hacerlo ahora; pero no se le ocultaba que iba á tratar con un criminal reconocido, á quien sin duda apoyaban otros de su calaña. De todos modos debía ir preparado para resistir cualquier ataque, si acaso se intentaba.

Sin embargo, era de esperar que Brown no apelase á la violencia, y que, engañado por la bien fingida credulidad del conde la noche anterior, confiaría solamente en su astucia para alcanzar el objeto. En tal caso, entregaría los falsos valores, y como el conde tenía nota de los mismos, y medio de reconocerlos dondequiera que se presentasen, era razonable suponer que así podría asegurarse de Brown.

El nuevo teatro, hermoso edificio, estaba situado en el centro de una plaza muy próxima al alojamiento de Fedovsky; junto á la puerta principal

veíanse los carteles que anunciaban la primera representación de un drama, y aquella misma noche debía celebrarse la inauguración. Sin embargo, aún no se observaba allí movimiento, pues el despacho de localidades no debía abrirse hasta las cuatro; y Fedovsky se dirigió hacia la puerta del escenario, situada en la parte posterior del edificio. Allí vió un hombre que parecía ser el portero, á juzgar por su gorra galoneada; acercóse á él, enseñóle el papel, y al punto se le abrió la puerta, que volvió á cerrarse apenas hubo entrado. Ya estaba comprometido en la aventura.

Fedovsky miró á su alrededor; hallábase en la extremidad de un estrecho pasadizo que se prolongaba en el espacio de diez ó doce metros por el interior del edificio, formando después un recodo; en el ángulo veíase un mechero de gas á media luz, y en la pared una tablilla que contenía el reglamento para los actores.

El conde avanzó hasta llegar al ángulo, vió unos escalones, y después de franquearlos se detuvo; la obscuridad era completa y no se percibía el más leve rumor.

No quedaba más remedio que seguir adelante, y el joven ruso había dado ya un paso, comprendiendo que al siguiente podía caer en alguna emboscada, cuando de pronto se abrió una puerta en el corredor á cierta distancia, y oyóse un rumor de pasos que se acercaban. Un momento después Fedovsky reconoció á la débil luz del gas al hombre con quien estaba citado.

Brown se acercó al conde y estrechóle cordialmente la mano.

—Es muy amable, díjole; temía que olvidara la cita; pero ha sido usted muy puntual. Todo se arreglará; la persona de quien le hablé está aquí, é imagina que se halla bien dispuesta á facilitar el negocio. Y á propósito... ¿ha traído usted aquellos valores?

—Ciertamente, contestó el conde con expresión de candidez; los llevo en el bolsillo... Como usted me advirtió que esa persona necesitaría verlos...

—¡Sí, sí, muy bien!, repuso Brown apresuradamente. Tal vez no los pida; pero no está demás ir preparado. Ahora, permítame usted conducirme..., por aquí está algo obscuro, pero pronto tendremos luz; sígame sin cuidado. Una ó dos veces, Brown advirtió al conde que tomara la derecha ó la izquierda, y pocos momentos después se detuvo.

—Ahora, dijo al conde, espéreme usted aquí un instante, mientras voy á buscar luz, pues ya no sé por dónde ando.

Fedovsky se detuvo á su vez, y oyó los pasos de Brown que se alejaban; pero muy pronto parecióle que no se percibían ya en el corredor, sino en un espacio abierto, donde el sonido se extinguió un momento después. El conde era valeroso, y en aquella ocasión no se mostró cobarde; pero la obscuridad, el silencio y la incertidumbre son poderosos factores para influir en el sistema nervioso de un hombre, y no era de extrañar que el joven ruso experimentara en aquel momento cierta inquietud.

A los pocos instantes sintió que un brazo le rodeaba el cuello por detrás, oprimiéndole el gáznate con intolerable fuerza; revolvióse violentamente para desasirse, mas no lo consiguió; la falta de respiración producíale como un vértigo; comprendía que le arrastraban hacia atrás, y por un momento le pareció que iba á sucumbir. Otro esfuerzo que hizo para desprenderse fué también inútil; cuanto más se revolvió, más aumentaba la presión; y no pudiendo servirse de las manos, por tener los brazos sujetos, tampoco le era posible hacer uso del revólver.

Entre tanto, ninguno de aquellos dos hombres pronunciaba una sola palabra; Fedovsky porque no podía, y el otro porque seguramente tendría sus razones para callar. El conde oía á su adversario respirar con fuerza, rechinando los dientes, y pensó que no podía ser otro sino Brown, ó tal vez algún compañero suyo. Pero ¿qué se intentaba contra él?

Al principio imaginó que el objeto del ataque sería el robo; más ahora ocurrióle de improviso que Brown no se contentaría con esto; era conocido de Fedovsky, que seguramente le denunciaría; y para salvarse á sí propio, juzgaba sin duda indispensable apelar al asesinato. Esta convicción, que hubiera paralizado á un hombre cobarde, produjo el efecto contrario en el ruso, y comprendiendo que no podría salvarse sino por un ardid, apeló á él, sin perder momento. En vez de forcejear, mantúvose inmóvil, como si estuviera inerte, dejándose caer en los brazos de su enemigo; este último, observando el cambio, aflojó la presión, aunque sin separar del todo la mano del cuello de su víctima; y al fin dejó que el cuerpo se deslizara hasta el suelo.

El hombre se inclinó después y le tocó con las puntas de los dedos, sin duda para averiguar cómo estaba echado. Fedovsky, apoyándose en el costado y el brazo izquierdo, tenía el derecho extendido hacia atrás y una rodilla levantada. Satisfecho el ladrón de su examen, y resuelto sin duda á cometer un asesinato, apoyó la rodilla derecha en tierra (por lo que pudo juzgar la víctima), é introdujo una mano bajo la solapa de su levita como para sacar un arma.

Pero en el mismo instante, Fedovsky alargaba su brazo derecho, y cuando comprendió que le tenía junto á la pierna doblada del ladrón, pasóle por debajo, y haciendo un supremo esfuerzo la sujetó vigorosamente. El hombre se revolvió furioso, mas ya era tarde, pues Fedovsky, recogiendo también sus miembros, había conseguido ponerse en pie. En el mismo instante, sin embargo, sintió que le descargaban en el pecho un golpe con un cuchillo, mas por fortuna la hoja del arma, atravesando el grueso fajo de papeles que el conde llevaba en la cartera, no hizo más que pincharle la epidermis; mientras que el ladrón, rechazado con fuerza, caía pesadamente en tierra. No obstante, levantóse al punto, y entonces comenzó una lucha cuerpo á cuerpo.

Pero Fedovsky era ya dueño de la situación; vigoroso y buen gimnasta, rodeó con un brazo el cuello de su enemigo, mientras que con el otro le cogía por la parte inferior del cuerpo, y levantándole en alto le arrojó por encima de su cabeza.

El conde esperó la caída del cuerpo, mas transcurrió un intervalo inexplicablemente largo antes de que oyera el golpe, y entonces parecióle percibir también un gemido, pero muy lejano, siguiéndose un silencio profundo.

¿Qué significaba aquello? Fedovsky esperó en la obscuridad, reteniendo el aliento para escuchar mejor; mas no percibió sonido alguno, ni le fué posible explicarse el misterio. Según todas las leyes de la naturaleza, el cuerpo debió caer á pocos pies detrás de él, y era imposible que al chocar contra el suelo no produjese ruido; pero él no había oído más que un lejano rumor, y de ningún modo podía creer que éste se debiera á la caída de su enemigo. Pero ¿dónde estaba el ladrón? Seguramente no habría quedado suspendido en el aire.

«Casi creería—pensó Fedovsky—que he luchado contra un fantasma, y que al vencerle se ha desvanecido.»

Toda esta escena pasó tan rápidamente, á pesar de su carácter terrible, y las circunstancias en que tuvo lugar fueron tan misteriosas é impenetrables, que no debe extrañarse que el ruso se dejase llevar de su imaginación, tanto más cuanto que la inexplicable terminación de la lucha perturbó su sistema nervioso más aún que esta última. Sin embargo, al cabo de un minuto pensó que lo mejor que podía hacer era salir del teatro: la dificultad estaba en hallar el camino; pero debía buscarlo á toda costa, y dió algunos pasos para ver si podría orientarse. De pronto tropezó con un objeto, haciéndole rodar por el contacto de su pie; agachóse para cogerle y vió que era su sombrero, caído al comenzar la lucha. A poco llegó á una especie de planicie, que en su concepto no podía ser sino una parte del escenario; momentos después vió una salida, pasó por ella, y encontróse al fin en el corredor por donde había entrado, donde pudo ver el ángulo y el mechero de gas, encendido aún. A su luz observó que no se hallaba en tal mal estado como debía esperar; tenía la levita llena de polvo, y con una pequeña abertura en el lado del pecho, por donde la hoja del cuchillo penetrara; pero cuando se hubo limpiado un poco con el pañuelo, y arreglóse el cuello y la corbata, nadie habría dicho, á no fijar bien la atención, que acababa de sostener una lucha tremenda para salvar su vida.

Satisfecho con esto, dirigióse hacia la puerta, que solamente estaba cerrada con picaporte; abrióla y salió al aire libre. Ya no vió por allí al portero, pero sí la plaza, la gente que iba de un lado á otro, el puente que cruzaba el río, y sobre todo el cielo con algunas nubes, que los postrimeros rayos del sol tenían de púrpura.

Entonces Fedovsky reflexionó por primera vez sobre el terrible peligro de que acababa de escapar, y aspiró con delicia el aire que dilataba su pecho, dando gracias á Dios por su salvación.

Sacó su reloj para mirar la hora, y con asombro vió que no eran más que las cuatro y cuarto; en quince minutos, ó menos, había pasado por lo que le parecía un largo período de su existencia. Atravesó la plaza para ir á su alojamiento á fin de cambiar de traje, y en el momento en que iba á entrar, un hombre pasó por delante de él y le tocó el brazo: era el barón.

(Se continuará)

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN SEVILLA

(Véanse los grabados de las páginas 270)

Continuando la crónica del viaje de D. Alfonso XIII, daremos algunas noticias de su estancia en Sevilla.

Día 7. - A desembarcar Su Majestad y los infantes marcharon en coche a la catedral, asistiendo al *Tedéum*, después del cual presenciaron el desfile de las tropas y la recepción que se celebró en el Alcázar. Por la noche hubo en la regia residencia una comida íntima.

Día 8. - Después de oír misa S. M. y SS. AA. RR. se dirigieron en automóvil a Villamanrique, en donde almorzaron con la condesa de París y sus hijos. Por la tarde asistió el rey a la fiesta organizada en su honor por la Sociedad del tiro de pichón, y por la noche presenció, en unión de los infantes, desde la tribuna levantada en la plaza de San Francisco, el paso de las cofradías, que fué un espectáculo magnífico por el lujo y riqueza de las imágenes y de los trajes de los nazarenos.

Día 9. - A las nueve de la mañana marchó el rey a Jerez de la Frontera, invitado por la Sociedad de tiro de pichón de Sevilla, regresando a las siete de la tarde. Durante ese día, los infantes estuvieron en la catedral, en donde admiraron las alhajas y joyas que en ella se conservan, subieron a la Giralda, visitaron las escuelas, la Tienda asilo y el Museo de Pinturas. Por la noche efectuó en el Alcázar la recepción de señoras, que estuvo brillantísima.

Día 10. - Por la mañana, el rey y los infantes almorzaron en Villamanrique, y terminado el almuerzo, organizó una carrera mayor y luego otra a caballo. Las personas reales regresaron a las ocho a Sevilla, celebrándose entonces en el Alcázar el banquete con que S. M. obsequiaba a la Maestranza.

Día 11. - D. Alfonso XIII hizo una excursión a varios pueblos de los alrededores de Sevilla, visitando las ruinas de Itálica y el monasterio de San Isidro del Campo, en Santiponce. Los infantes visitaron la Asociación de la Caridad, el hospital de la Caridad y el del Pozo Santo. Por la noche concurrieron a la catedral, en donde se cantó el célebre *Miserere* de Eslava,

que obtuvo una ejecución brillantísima; los solos fueron cantados por el famoso tenor Sr. Viñas, por los tenores Sr. Sánchez Pino, del teatro del Conde Duque, y Vivas, del teatro Cervantes, por el bajo Sr. Otero y el contralto Sr. Sánchez Moreno.

Día 12. - Por la mañana, el rey y los infantes asistieron a

el paso de nuevas cofradías, y por la noche regresaron a Madrid.

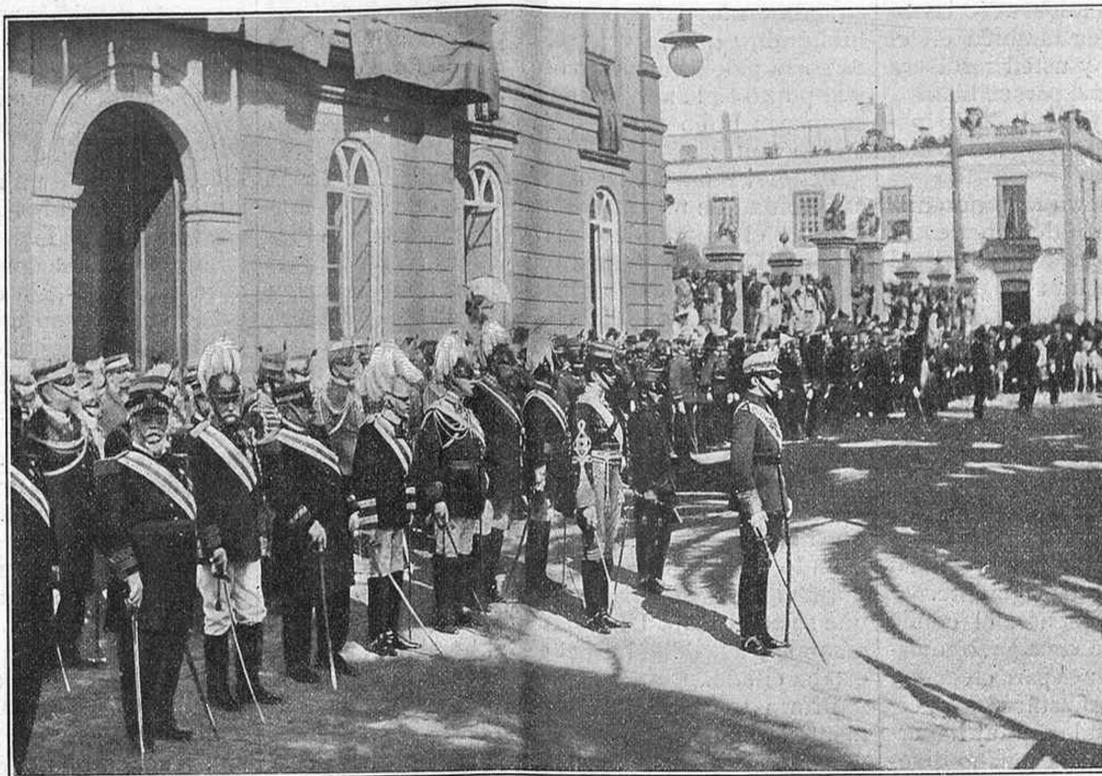
Durante su estancia en Sevilla, el rey y los infantes han sido continuamente objeto de manifestaciones de entusiasmo.

En esta página publicamos dos grabados relativos a la estancia de S. M. en Las Palmas, y aunque en el número anterior dijimos algo acerca de ellos, parecemos oportuno añadir a continuación algunos pormenores sobre las dos ceremonias a que esos grabados se refieren.

A la una de la tarde del día 31 de marzo último hicieron S. M. y SS. AA. RR. su entrada en la basílica. El público, que invadía la plaza de Santa Ana, prorrumpió en vivas y aclamaciones. La plaza presentaba un golpe de vista magnífico. El rey penetró en el templo bajo palio, que era llevado por concejales del Ayuntamiento, y en seguida comenzó el *Tedéum*, cantado por los coros de la «Filarmónica.» Terminado éste, don Alfonso XIII manifestó al alcalde su complacencia por la perfecta ejecución que había tenido aquella pieza musical y expresó el deseo de oír a los elementos que componen dicha sociedad.

Desde que S. M. salió del templo hasta que llegó a la Casa Consistorial, en donde debía efectuarse la recepción, la ovación que se le tributó fué unánime é incesante; y cuando el rey salió al balcón y saludó militarmente a la muchedumbre inmensa que llenaba la plaza, la explosión de entusiasmo fué indescriptible.

La misa de campaña y la jura de banderas celebráronse el día 1.º del actual y fué un espectáculo sumamente conmovedor y simpático, realizado por la presencia de D. Alfonso XIII y de los infantes doña María Teresa y D. Fernando. Cuando después de la jura de las banderas y del desfile de las tropas subieron las reales personas a sus respectivos coches, la concurrencia les hizo una ovación delirante; desde las tribunas, que se hallaban atestadas de personalidades distinguidas de Las Palmas, lanzábase ensordecedores vivas, y el pueblo, rodeando los carruajes, no cesaba de aclamar a los augustos viajeros.



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII A CANARIAS. - LAS PALMAS. - EL REY EN LA MISA DE CAMPAÑA CELEBRADA CON MOTIVO DE LA JURA DE LA BANDERA

los oficios de la catedral, terminados los cuales visitaron los sagrarios de las iglesias de San Salvador y de San Lorenzo. En esta última D. Alfonso XIII fué recibido como hermano de la cofradía del Cristo del Gran Poder. Por la tarde presenciaron el desfile de los Pasos desde la tribuna regia, instalada junto al Ayuntamiento.

Día 13. - El rey y los infantes concurrieron a los divinos oficios de la catedral, y en el acto de la adoración de la Cruz, S. M., después de haber entregado la ofrenda de una onza de oro, indultó a varios reos condenados a muerte. Por la tarde asistieron a la tribuna de la plaza de San Francisco para ver



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII A CANARIAS. - LAS PALMAS. - S. M. EL REY SALIENDO DE LA CATEDRAL DESPUÉS DE CELEBRADO EL TEDÉUM

(Fotografías de Luis Ojeda Pérez)



Monumento á Alfonso Karr, obra del escultor LUIS MAUBERT, recientemente inaugurado en Saint-Raphael (Var). (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^{as})

El día 8 de los corrientes inauguróse en Saint-Raphael (departamento del Var) un monumento conmemorativo de Alfonso Karr, erigido enfrente del mar y cerca de la *Maison-Close*, la quinta en donde el literato filósofo vivió tantos años dedicado al cultivo del jardín y en donde murió octogenario en 1890. El monumento, de aspecto sumamente sencillo, obra del escultor Luis Maubert, se compone de un bloque de pórfido blanco sobre el cual descansa el busto en bronce del célebre autor de *Las avispas*.

Ese monumento se ha levantado con el producto de una subscripción á la que han contribuido, no sólo sociedades literarias, sino también asociaciones de jardineros.

La ceremonia de la inauguración fué presidida por Leon Aicard, presidente del comité, quien, después de pronunciar un encomiástico discurso haciendo resaltar los méritos de Alfonso Karr, hizo entrega del monumento á la población de Saint-Raphael.

Pronunciaron otros discursos el alcalde M. León Basso, agradeciendo el donativo; el decano de los horticultores M. Nardy, tributando el homenaje de gratitud á cuantos conocieron á Alfonso Karr como jardinero, y M. Leon Parsons, que representaba al ministro de Instrucción Pública. Además, M. Aicard leyó un hermoso trabajo de Julio Claretie.

La fiesta terminó con un concierto y un banquete, al que asistieron los miembros del municipio y del comité y los representantes del gobierno, del departamento y de la prensa parisiense y regional.

Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
 EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
 FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

DICCIONARIO
 de las lenguas española y francesa
 por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
 Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

INFLUENZA **RACHITIS**
ANEMIA **CLOROSIS**
 + +
VINO
AROUD
 + +
CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
 Célebre Depurativo Vegetal
 EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
 Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
 Sucesor de
 BOYVEAU-LAFFECTEUR.
 Calle Richelleu, 102, Paris y todas farmacias.

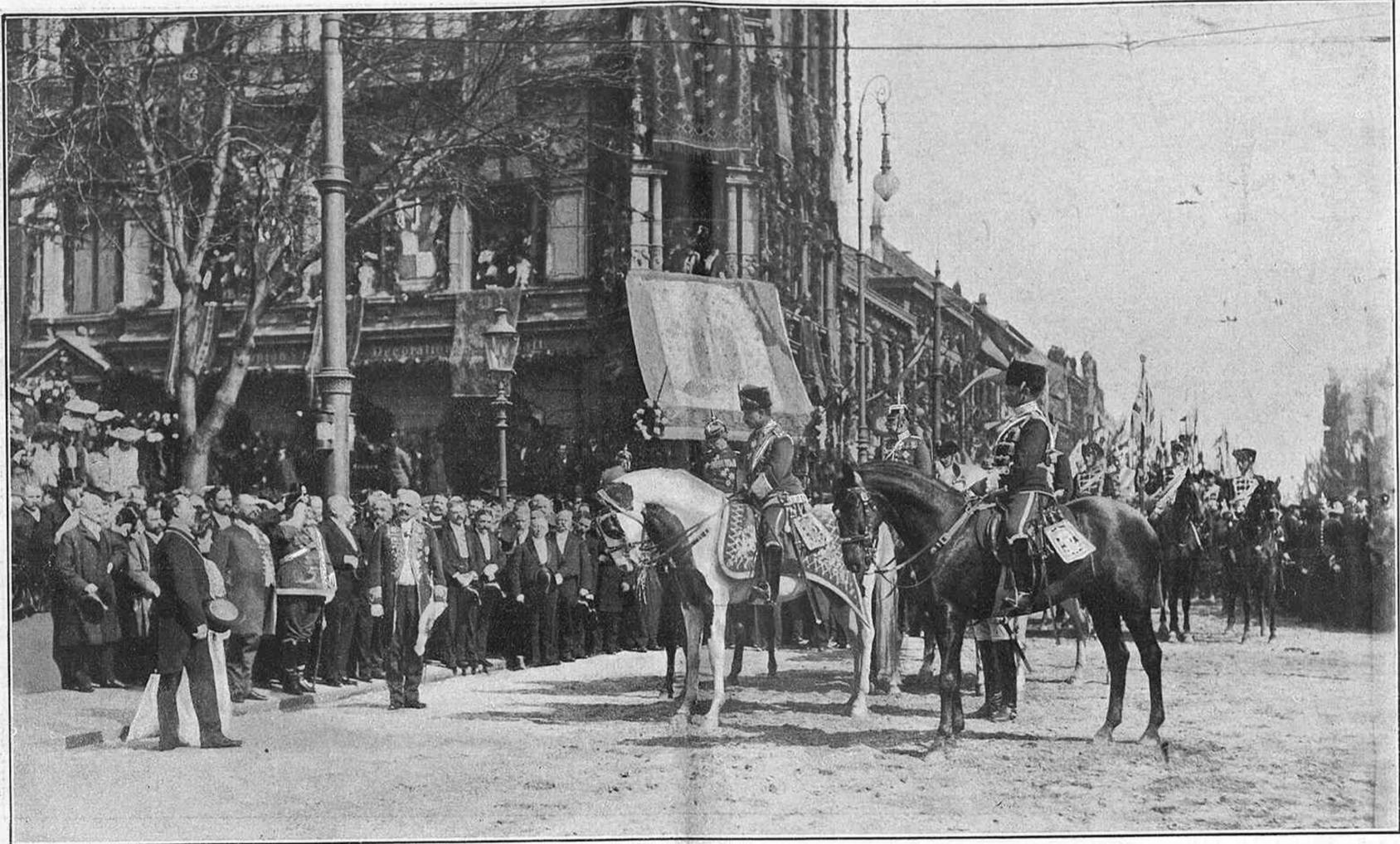
Frasco 5 fr. on Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOGES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et Co St-Denis

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
 LOS VERDADEROS Y EFICACES
 PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
 de la SANGRE
 Escrófulas, etc.
PILULES
 EXIGIR LA NATURE
de BLANCARD
 APROBADAS
 por la
 Academia
 de
 MEDICINA
 al IODURO de HIERRO
 INALTERABLE
 DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES
 DEPÓSITO: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, Paris.

HARINA
LACTEADA **NESTLÉ**
 Contiene la mejor leche de vaca.
 Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



EL EMPERADOR GUILLERMO II EN CREFELD, EN DONDE REVISTÓ Y CONDECORÓ Á LOS MINEROS WESTFALIANOS DE LA BRIGADA DE SALVAMENTO QUE FUÉ Á COURRIERES. EL EMPERADOR, AL FRENTE DEL 2.º REGIMIENTO DE HÚSARES, ES SALUDADO POR EL ALCALDE DE LA CIUDAD. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

El día 2 de los corrientes la ciudad de Crefeld (Alemania) festejó la visita del emperador Guillermo II y la llegada del 2.º regimiento de húsares que, procedente de Düsseldorf, había de quedarse allí de guarnición. El soberano, vestido con el uniforme de coronel de húsares de la guardia y montado en un magnífico caballo ricamente enjaezado, salió al encuentro del regimiento, que había acampado en un campo á cinco kilómetros de la localidad, y al frente del mismo entró solemnemente en Crefeld, que estaba engalanada y cuyos habitantes, que llenaban las calles y los balcones, le acogieron con grandes muestras de entusiasmo. En una de las calles principales estaban agrupadas las autoridades, corporaciones, personalidades notables y escuelas, presididas por el alcalde, que en nombre de la ciudad saludó al emperador.

Aquel mismo día Guillermo II revistó á los mineros westfalianos de la brigada de salvamento que estuvo en Courrieres, y después de haberles felicitado con palabras elocuentes, les entregó las condecoraciones con que les ha recompensado por los heroicos trabajos que allí realizaron.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE ▶
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PALLVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN